

REGRESO

POR

LA PALESTINA

CAPITULO I

Regreso á Europa. — Me embarco en el vapor « Pekin. » — Tengo de compañero al capitán Chihakoff que conduce á Rusia el tratado. — Una borrasca. — Vida monótona de á bordo. — Llegamos á Singapore. — Su comercio y productos. — Frutas. — Penang. — Ceilan. — Paseo al interior. — Candy. — Vistas magníficas. — Una francesa. — Pasajeros de la India. — Un joven oficial herido. — Me embarco para Suez. — Travesía. — Llego al puerto. — De Suez á Alejandría pasando por el Cairo. — Ferrocarril. — Lo que ha perdido la poesía lo ha ganado la rapidez. — Palacio del bajá. — Agonía del Egipto. — Preparo mi viaje á Palestina y me embarco para Jaffa. — Pasajeros. — Diferentes tipos.

El 6 de julio de 1858 nos embarcamos en el vapor *Pekin* y empecé mi regreso á Europa. Este barco es hermoso como todos los demás de la compañía oriental; siendo pocos los pasajeros me prometia un pasage agradable, y por lo ménos no muy pesado é incómodo. Al entrar en el camarote que se me habia destinado, encontré que al lado de mi equipaje, habia un baul con este letrero : « *Captain Chihakoff*, » lo cual significaba que tenia de compañero al capitán ruso que conducia á Europa el tratado que acababa de celebrar el embajador de

su nacion con el gobierno chino. Confieso que me alegré de esta circunstancia, pues ya que es imprescindible tener alguno en el camarote, y algunas veces dos ó tres compañeros, desde luego es mejor que sea una persona de educacion y posicion social. Parece una cosa insignificante, pero, en mi concepto, de la eleccion de compañero de cuarto, ó mejor dicho de camarote, depende en general la comodidad del viaje. Afortunadamente en esta ocasion no pude tener mejor compañero, pues bien pronto conocí en el capitan Chihakoff un bellissimo sugeto de muy buenos modales, de una educacion esmerada, y de un trato y conversacion lo mas ameno que cabe. A estas dotes unia una inteligencia privilegiada, y aquella penetracion y viveza tan peculiar á la raza eslavónica. Pero como nada hay perfecto en este mísero mundo, tenia un defecto, y este defecto venia de abundancia : era un hombre colosal y de una gordura tan grande que cuando se hallaba en el camarote me era imposible menearme para ningun lado. Y no era esto lo peor, sino que habiéndole tocado la litera de encima, mi vida se hallaba en constante peligro : la cama no es mas que un lienzo sostenido por algunas correas, así es que cuando se acostaba se hundia como una hamaca y mi pobre individualidad debajo no hacia mas que elevar los ojos hácia el cielo, es decir hácia el enorme bulto que tenia suspendido encima y que me amenazaba como la espada de Damocles. Mas sin duda no estaba decretado que el encargado de despachos para la corte de San Petersburgo, se hiciera cargo igualmente del despacho para el otro mundo de un pobre sud-americano : poco á poco me convencí de la solidez de las correas y de la

buena calidad del género que componia la cama; erà casi imposible que se rompiera, y por consiguiente bien podia tranquilizarme. ¿Qué significaba este pequeño inconveniente en comparacion de otros muchos y peores que podia haber tenido?

Nada de particular ocurrió durante los dos primeros dias, al tercero de navegacion sopló por la noche muy fuerte viento del sud-este, y tuvimos lo que llaman en China un pequeño *tifon* ó tempestad. ¡Oh! ¡qué momentos tan desagradables! la lluvia caia á torrentes, el viento silbaba con estrépito, los relámpagos se cruzaban, los truenos nos aturdian, el vapor se balanceaba como una leve cuna, y era el juguete de las olas. Yo me acomodé en el camarote con almohadas y sacos de modo que no rodara y cayera al suelo; no hacia mas que oir el concierto gratis que ofrecian los cristales y botellas en la despensa. De repente una ola vino á estrellarse al costado del buque, y abriendo con violencia la ventanilla del camarote, dejó penetrar un chorro de agua: este incidente despertó al instante al ruso, quien gritaba en francés: « ¡los papeles se me han mojado! » y renegaba del tiempo. Parece que los despachos los traia dentro de un saco que afortunadamente quedó sano y salvo del golpe de mar. Yo salí al salon agarrándome de cuanto encontraba y andando á duras penas en busca de algun criado de la cámara para que trajera luz y cerrara la ventana: en esto el vapor dió un bote terrible, y perdiendo yo el equilibrio, fuí á dar de cabeza contra un escaño. Al fin el criado vino con el carpintero, cerróse la ventana, y no hubo mas estrago ni avería que el de mi tintero deramado sobre las camisas del ruso, y el de la botella

de agua que habia ido á estrellarse al pié de mis zapatos. A eso de la madrugada el viento calmaba, el barómetro se conducia mejor y la tempestad habia cesado completamente. Por la mañana los pasajeros íbamos subiendo uno por uno sobre cubierta, como pájaros desplumados; unos á otros nos mirábamos de piés á cabeza, y se habria dicho, al vernos, que estábamos estupefactos y como admirados de haber escapado al temporal. El capitan se reia de nuestra traza y ridículas preguntas, y nos aseguraba, con cierto aire de broma, que no habia soplado mas que un suave céfiro durante la noche. Con esta seguridad cada pasajero se tranquilizó y pasó á sus quehaceres; unos fuimos á bañarnos, otros pusieron á dar sendos paseos sobre la cubierta, otros á leer sus novelitas, y los mas sentáronse sobre los escaños á fumar su cigarro miéntras sonaba el toque de la campana para ir á vestirse. Con pocas excepciones este era el programa diario ántes del almuerzo; despues se fumaba, leia y paseábase hasta que llegaban las doce, hora en que se tomaba el tente en pié, *lunch*, ó *tiffin* como llaman en Oriente. Luego volvías á la divertida ocupacion de pasear, leer y fumar, hasta eso de las dos de la tarde en que ya los vasos de cerveza negra y vino, unidos al hastío, empezaban á producir su narcótico efecto. Curioso es ver el cuadro que presenta la cubierta á esta hora del dia; algunas veces yo era el único que estaba despierto y me divertia arrojando una mirada sobre los compañeros: el mas profundo silencio reinaba, no se oia mas que el ruido de las olas, y el que hacia la corredera que se echaba cada hora. Aquí se veia un capitan americano tendido con las piernas estiradas sobre el

cañon; mas allá un clérigo protestante acostado sobre la cubierta de la escotilla con la Biblia en la mano. Todos, todos durmiendo en las posturas mas ridículas. A las cuatro se comia, á las siete se tomaba el té, y á las nueve se servia el *grog* para los aficionados á la bebida.

Al cabo de siete dias de esta monótona vida, llegamos á Singapore. En este hermoso puerto nos detuvimos para cargar carbon, aproveché de la demora saltando á tierra, y fuí á parar al hotel de la Esperanza. La animacion que reina en esta poblacion que hoy cuenta cerca de 25 mil almas, sorprende y agrada mucho viniendo de China. Como punto en que convergen todos los vapores y buques que vienen de Europa, los Estrechos y China, es alegre y de mucho movimiento. El comercio en menor se halla todo en manos de los industriosos chinos entre los cuales se cuentan fuertes capitalistas. En la hermosa esplanada se ven por la tarde magníficos carruajes, y una de las cosas que mas sorprende es ver los chinos paseándose en lujosos coches con libreas y cocheros malayos ricamente vestidos.

Singapore pertenece á la Compañía de la India, que por consiguiente nombra su gobernador y empleados; es puerto libre y las importaciones ascienden anualmente á sumas inmensas; produce mucho arroz, clavo, canela, nutmeg y todo género de especias que se exportan por valor de 30,000,000 de pesos. Todo contribuye á que esta posesion sea próspera y floreciente. La isla que cuenta como 60 mil habitantes es muy feraz, y abunda en muchas producciones. El viajero que visite Singapore no debe dejar de comer piñas y mangustines, la fruta mas delicada que se conoce.

A los dos dias de salir de Sincapore llegamos á Penang, y ocho dias despues á Punta de Gala en Ceilan. Como el vapor de Calcuta tardó tres dias tuve tiempo de hacer con el capitan Chihakoff varias excursiones al interior y conocer á Candy sitio del gobierno. No encuentro palabras con que ponderar lo majestuoso de la naturaleza tropical; la vegetacion portentosa de esta isla; las vistas magníficas é imponentes que se presentan á cada paso en la Taprobana de los antiguos.

En Penang se nos unió una pasajera francesa, que se titulaba madame Chanió: iba sola, sin persona alguna que la acompañara, y por sus modales y figura bien se notaba la clase de sociedad á que pertenecia. Algunos creian que era una actriz, otros que era alguna modista. Mi opinion es que era una aventurera, una de aquellas criaturas que siempre inspiran lástima.

El 28 se presentó el vapor *Hindostan* de Calcuta que debia conducirnos á Suez, y el 29 muy temprano fué preciso embarcarse. Este cambio traia consigo otro, pues á los pasajeros que veníamos de China y los Estrechos se nos iban á unir los de la India, es decir los que venian de Madras, Bombay, Calcuta, etc. Como dos horas ántes de la fijada para la partida ya me hallaba á bordo, y la escena que presencié en estos momentos fué de lo mas singular que puede darse: los pasajeros de la India habian estado aprovechando el tiempo en tierra, y así es que fueron los últimos que se embarcaron. Eran como 70, y estaba ansioso de ver que clase de compañeros íbamos á llevar durante el resto del viaje. Pronto salí de la curiosidad: sentado enfrente de la escalera del vapor, ví entrar uno por uno. Primero vino el comodoro Wa-

tion, comandante de la estacion en India, que habia llegado la víspera en el hermoso vapor de guerra *Chesapeake*, y que marchaba á Inglaterra por hallarse enfermo : su figura era muy respetable y hablaba mucho en su favor. Luego hizo su aparicion una partida de jóvenes de faz escuálida, y de las figuras mas extravagantes : era una caterva de cadetes y tenientes del ejército inglés, sin tener ninguna educacion y cuyo trato no es nada codiciable. Vino en seguida otro grupo de militares, uno traia un mono sobre los hombros, ese una jaula con dos loros, aquel venia cargado de bastones y cañas, otro, enfin, apénas podia andar, y traia un brazo entablillado seguramente de resultas de alguna herida. Miéntras estaba observando los nuevos huéspedes del buque, vino un criado y tendió en la cubierta un colchon de caucho, y á pocos instantes apareció, cargado por dos hombres, un anciano que parecia un espectro, y que al extender sus canillas y ponerse en posicion horizontal, sobre la cama que le acababan de preparar, habria asustado á cualquiera. Pronto supe que era un coronel inglés que hacia diez y nueve años estaba en la India sirviendo á su nacion. El pobre hombre debió haber regresado mucho ántes, á la fecha ya las enfermedades han acabado con su constitucion. Continuó resforzándose el número de pasajeros con dos clérigos que parecian haber mal digerido algun paraguas, y un jóven de aspecto lívido, vestido de una tela muy burda; tenia una expresion triste, y tal parecia anunciar á todos el próximo fin de su corto viaje : el desgraciado jóven era víctima de dos heridas mortales. Enfin, no habia dos figuras que indicaran salud, no habia dos trajes parecidos.

Despues que compadecí esta asamblea de inválidos, no pude ménos que reflexionar sobre los sacrificios que cuesta á la Inglaterra conservar la India. Es probable que cada vapor conduzca partidas de heridos en los últimos combates, y de pobres enfermos que tanto sufren en tan penoso y dilatado viaje.

Miéntas el vapor partia tuve ocasion de pasear sus hermosos salones, y la grata satisfaccion de observar que llevábamos otra pasajera : miss d'Aubigny. Iban con nosotros tres señoras, y cosa rara, cada una por su cuenta, solas, sin ninguna persona que las acompañara. La francesa no me sorprendia que así fuera, acaso lo exigia su profesion; pero las otras dos inglesas, particularmente la última jóven, hermosísima y soltera, no me lo podia explicar. ¿Era, por ventura, alguna dama de industria por estilo de la francesa? No me atrevia á creerlo, era demasiado bella, y su corazon parecia puro aun. ¿Era, talvez, alguna de esas niñas de 25 años remitidas á la India segun órden comercial para hacer la felicidad de algun comerciante, ó acaso ella misma se habia lanzado en pos de algun marido como suele suceder en Inglaterra? Esta última hipótesis me parecia la mas fundada y factible; aunque si así era, no se comprendia cómo tan preciosa jóven no hubiera logrado enganchar á uno de tantos pájaros británicos en la India, que vegetan en el celibato miserablemente, entregados á la disipacion. Pero dejemos á un lado la explicacion de estos enigmas y jereoglíficos ambulantes tan comunes cuando se viaja en lejanas tierras. Prosigamos en nuestra navegacion.

A la hora fijada partímos de Gala para emprender la

larga travesía hasta Suez. Al pasar por junto á la fragata *Chesapeake*, todos los marineros subieron sobre las vergas, y á una sola voz se despidieron lanzando tres vivas ó *hurras* al comodoro Wation que llevábamos á bordo : luego rompió la banda de música con el tierno aire de *There is no place like home*, « No hay lugar como la patria, » que nos conmovió á todos. Aun el mismo venerable comodoro que ni las balas, ni el estruendo del cañon habian hecho, de seguro, ninguna impresion en la vida, no pudo contenerse, y al devolverles el saludo las lágrimas se le cayeron de los ojos. « ¡ Pobres muchachos ! — exclamó arrojando la vista sobre la hermosa fragata que acababa de mandar, — ¡ hace tantos años que me acompañan ! »

Durante 21 dias estuvimos entregados á la vida mas monótona y cansada que darse pueda : dia tras de dia, la misma casa, sin mas variacion que el fastidio que va aumentándose en proporcion de la distancia, y el ánimo que va decayendo gradualmente. Las mismas comodidades que brindan estos palacios flotantes llegan á cansar, y á los pocos dias la vida se hace inaguantable : se cansa uno de ver cielo y agua, de leer, de dormir, de comer constantemente, de beber á todas horas, de ver siempre las mismas caras, y hasta se fastidia uno de sí mismo. Todo se hace á bordo por necesidad, nada con gusto ni placer : es que el hombre necesita respirar cierta atmósfera intelectual, alimentar el espíritu con ideas é impresiones nuevas, y nada de esto se consigue navegando. No hay cosa que llame la atencion, toda la conversacion se reduce á hablar del tiempo, que nunca está como se desea ; á preguntar cuantas leguas se han he-

cho, y se hacen hora por hora, que jamás son el número que se apetece; á informarse de la distancia que falta hasta el término del viaje; á indagar la profesion de cada pasajero; á criticarse mutuamente, á unos porque no se han cambiado la camisa durante el viaje, á otros porque la llevan colorada en lugar de blanca, y á otros porque no llevan ninguna absolutamente. Al cabo de algunas semanas de esta variada vida, de gozar de esta excitacion y movimiento intelectual, el vapor echó el ancla en el puerto de Suez, y medio muertos dábamos punto á la penosa navegacion: ya habíamos hecho dos terceras partes de nuestro camino.

Solo una noche tardamos en llegar desde Suez hasta Alejandria, despues de tocar en el Cairo, pues exceptuando tres leguas, todo lo demás del camino lo hicimos por el ferro-carril que se ha construido en estos últimos dos años. La poesía del desierto se ha perdido un poco, pero se ha ganado extraordinariamente en celeridad, y se goza mejor de la vista de este inmenso arenal. Sí, hay un placer grande en contemplar esta soledad; el hombre se siente completamente libre y fuerte, orgulloso de ver su imperio sobre todo cuanto le rodea.

La ciudad de Alejandría, en la cual pasé dos dias á mi paso para la India y China, me pareció hermosísima en esta ocasion, y realmente es el primer punto donde empieza á notarse ya la civilizacion europea. No teniendo cosa alguna que me hiciera partir inmediatamente decidíme á quedar algunos dias para acabar de visitar todos los sitios y lugares curiosos de la patria de los Faraones y de Cleopatra. Dícese que cuando Amrou se apoderó de la ciudad encontró en ella cuatro mil baños,

cuatro mil palacios, cuarenta mil judíos que pagaban tributo : quise ver si quedaba algo de esto, mas nada existe. En la primera parte de estos viajes ya he hablado de las antigüedades de Egipto que hay que contemplar : Sais, Heliópolis, Ménfis, Tébas, la columna de Pompeyo, las agujas de Cleopatra, etc. Ahora he tenido el gusto de visitar el hermoso palacio construido hace 25 años para el bajá, y confieso que en materia de lujo y adornos interiores, nada he visto mas oriental, mas espléndido en mi vida. Sin embargo, todo esto no vale lo que parece existia antiguamente. El Egipto hállase agonizante, poco á poco va desapareciendo todo síntoma de vida, y bajo la férula y contribuciones del gobierno turco en breve quedará reducido á un cadáver. ¿Cual será la nacion europea que lo devorará? He aquí lo que, tal vez, nos dirá pronto el porvenir.

Del Egipto á la Palestina la distancia es muy corta, por lo ménos así parece al que está acostumbrado á hacer viajes de millares de leguas. Un gran deseo me dominaba de ir á saludar la Tierra Santa, ántes de entrar en Europa. ¿Qué mejor modo de completar la cadena de mis viajes? Pocas horas bastaron para prepararme; al momento busqué un *drogman* ó intérprete, y un criado para que me acompañaran.

El 28 de agosto partí para Jaffa, la antigua Joppe, en el vapor *Europa* de la línea austríaca de Lloyds, sin llevar mas que una pequeña maleta por equipaje; algunas cartas de recomendacion para los cónsules, y la bolsa llena de oro. Todos estos son requisitos indispensables para el viajero, pero particularmente el último; nada puede hacerse sin él, es el dios de los hombres en

estos tiempos que alcanzamos, y sobre todo en Oriente.

Este sentimiento inexplicable que me arrastra hácia la Tierra Santa, me hace salir del Egipto con el corazon lleno de alegría. Los vapores austríacos que recorren esta línea, parten de Alejandría dos veces al mes, y siguen hasta Esmirna despues de tocar en Jaffa, Beirut (Berytus) y Chipre. El trato es bastante bueno y esmerado; pero lo que no deja de sorprender es la disposicion que se observa en ellos respecto de los pasajeros. Hállase dividida la cubierta hácia la popa en dos partes, la una, ocupada por los pasajeros de primera clase, sirve de paseo, y la otra por los de segunda y tercera, donde están todo el tiempo que dure el viaje. Curioso es el golpe de vista que presenta la cubierta, con esta reparticion, por los diferentes tipos, y gentes de todas las naciones que se ven en las últimas clases. La apatía y pereza es el elemento de estas gentes, y desde que ponen el pié á bordo hasta que desembarcan, no hacen mas que dormir y fumar, tendidos como unos animales. En esta ocasion teníamos una gran variedad : allí se veian reclinados, sobre lujosos tapetes, turcos que iban para Constantinopla, con su gracioso *tarbuck* ó gorro colorado, y el *chibuck* ó pipa siempre al lado; negros esclavos que vienen de Nubia vestidos todos de blanco; árabes del desierto, beduinos con sus enormes turbantes de color y una gran capa con anchas listas negras; griegos con sus pantalones bombachos, el gracioso chalequito abrochado hasta la mitad, y la elegante chaqueta bordada; abisinios envueltos en un gran lienzo blanco; enfin, en medio de este mosaico se notaba un hebreo con su leviton de cúbica hasta las rodillas, un pañuelo amarrado en

la cabeza dejando caer á los lados dos mechones de pelo mugriento y asqueroso. Figúrese el lector todos estos pasajeros acostados unos al lado de los otros sobre la cubierta, teniendo al costado sus sacos de equipaje, y además sus cantinas con provisiones; hablando diversos idiomas, jalándose unos á otros las cobijas como niños de escuela; y convendrá conmigo que era un espectáculo de lo mas original que puede presentarse.

Como yo era el único pasajero de *primo costo*, tuve el honor de comer con el *capitano*, italiano bastante ordinario: los alimentos no son malos en sentido absoluto, pero en comparación con los que se tienen á bordo de los vapores de la línea Peninsular, que me trajo hasta Suez, son pésimos y es imposible dejar de extrañar muchas cosas. En cambio, como esta línea no es muy frecuentada, y que no hay ese movimiento de pasajeros como en la de India, puede tenerse un camarote entero á su disposicion, y en este respecto se viaja con mas comodidad.

CAPITULO II

Llego á Jaffa.— Dificultades para desembarcar. — Cuarentena. — Los PP. franciscanos. — Bondadosas atenciones. — Compañeros de viaje. — Baño de mar. — Cambio de traje. — Se nos da la libertad. — Los PP. me conducen al convento. — La ciudad de Jaffa, puerto principal de la Tierra Santa. — Recuerdos. — Jonás. — El arca de Noé. — Judas Macabeo. — Aventura de Andrómeda y Perseo. — Jardín de los franciscanos. — Montañas de Judea. — Territorio de los filisteos. — La Pentápoli. — Llegamos á Rama. — Raquel. — Hospitalidad de los franciscanos. — La torre de los Cuarenta Mártires. — Patria y valle de Jeremías. — Divisamos Jerusalem.

Como la distancia entre Alejandría y Jaffa no es mas que de unas 250 millas ó sea 83 leguas poco mas ó ménos, al dia siguiente 29 de agosto de 1858, á eso de las 2 de la tarde, dimos fondo en este último puerto. Grande era mi deseo por llegar, pues con motivo de la peste que reinaba en Bengazí y Trípoli, en casi todos los puertos del Mediterráneo se habian establecido cuarentenas. Sin embargo, en Alejandría se acababa de suprimir, los buques tenian libre práctica, y cuando salimos obtuvimos nuestra patente de sanidad, es decir, se declaraba que no existia la menor enfermedad. Confiado en esto me embarqué seguro de no ser puesto en cuarentena á mi llegada á Siria. ¡Mas cual fué mi sorpresa cuando al anclar en Jaffa ningun bote venia de tierra para desembarcar los pasajeros! El capitan mandó al piloto con la correspondencia, el cual no tardó en regresar trayéndonos la desagradable noticia que no podíamos ir á tierra, que teníamos que seguir hasta Beirut para hacer allí la cuarentena. Estaba pues visto que las autoridades nos que-

rian fastidiar. Las cuarentenas, tal cual existen, es un resto de los tiempos bárbaros, poco á poco van desapareciendo sus abusos en los pueblos civilizados; pero en los musulmanes tienen por principal objeto la contribucion que pagan todavía los pobres viajeros, y que sirve para sostener un enjambre de vagabundos y pillastrones. Yo que tenia los dias contados, no podia conformarme con la absurda disposicion que me acababa de notificar el capitan; inmediatamente le hablé con energía, manifestándole que queria desembarcar, y amenazándolo con protestas si no me lo permitia. Al cabo de un rato, parece que el capitan reflexionó, y se decidió á hacer poner el bote para que me llevaran á tierra : el Abisinio, una pobre vieja, y el judío me suplicaron que les permitiera venir conmigo, y en medio de todos ellos me dirigí á tierra.

Jaffa, construida sobre una loma, tiene todas las casas apiñadas, las calles llenas de escaleras, y los edificios llegando hasta la orilla del mar. Desde léjos presenta una vista bastante pintoresca; pero al acercarse se pierde la ilusion completamente. Apénas nos vieron de tierra formóse un tumulto de turcos en el miserable muelle de la aduana, gritando de voz en cuello que nos devolviéramos al vapor, que no podíamos desembarcar : algunos venian armados de palos, y yo preveía que íbamos á tener una escena. El piloto gritaba : *maledetti forestieri!* yo peroraba en francés y obtuve el mismo resultado que si hubiese hablado en chino; por último salió un viejo botijon (despues supimos era el médico de la *sanidad*), y dió orden para que nos llevaran á la cuarentena. Proseguimos, pues, y en breves mo-

mentos llegamos á nuestra futura habitacion, á la prision ó mazmorra mas horrible que he visto en mi vida.

Afortunadamente al desembarcar, la primera persona que encontré fué al vice-cónsul español que avisado de mi llegada venia á ofrecirme sus servicios con la mayor finura. El señor de Mencarini condújome al cuarto que se me tenia destinado, y en su semblante me parecia descubrir la pena que le daba : no es posible concebir un lugar mas desaseado, mas triste, mas horrible. Acercándose la noche, el vice-cónsul se despidió para ir al convento de franciscanos á suplicar me mandaran un colchon y algun alimento, todo lo cual me fué procurado á los pocos momentos. Confieso que cuando ví entrar al criado español, rodeado de los guardianes árabes, que empezó á darme el recado mas afectuoso de parte de los padres, y á traerme cuanto pudieron mandarme los pobres, me llené de gratitud, y las lágrimas se me cayeron de los ojos : ningun amigo, la familia misma no hubiera hecho mas en esta ocasion. Amables y hospitalarios franciscanos, jamas olvidaré vuestras atenciones, siempre os viviré reconocido.

Mis primeras impresiones, pues, al pisar la Tierra Santa no fueron muy agradables. Mas ¿qué importaba esto? hallábame realizando uno de los ensueños de mi vida, y las mismas dificultades y padecimientos excitaban mi entusiasmo y animaban mis deseos. ¿Qué significaba que me hallára en un inmundo sitio, si solo me separaban unas pocas leguas de Jerusalem y del Santo Sepulcro?

Al dia siguiente de mi llegada mi *drogman* toca la

puerta muy temprano y me anuncia que una persona deseaba verme : me levanté y al momento la hago entrar. Era uno de los padres que venia á informarse como había pasado la noche, y á saber de parte del padre Ambrosio, el presidente, si necesitaba alguna cosa. Tanta bondad, realmente, me abrumaba, y entregado á sus cuidados nada me faltaba, hasta lo mas mínimo me lo mandaban con el mayor gusto. Ya deseaba conocerlos á todos, y anhelaba por la oportunidad de corresponder á tantos favores. Lo primero no tardé en lograrlo, pues apenas calmó un poco la fuerza del sol, tres de los principales vinieron á visitarme. ¡Cuánto sufrí de no poder estrechar la mano, ni siquiera acercarme á estos venerables sacerdotes! Luego que me inclinaba hácia ellos, el beduino, que hacia de guardian, venia á interponerse entre nosotros. Todos con la planta en el suelo, la barba cana cayéndoles hasta el pecho, un bordon en la mano; jamas he visto hombres mas respetables. A poco rato entró el señor Mencarini, y M. Filibert, cónsul francés, que venian tambien á hacerme una visita. De este agradable modo se pasó la tarde. ¿Como pasar la noche? Hé aquí lo difícil, no habia otro partido sino acostarnos con mucha filosofía y tratar de conciliar el sueño.

No me olvidé de visitar en la mañana á los demas compañeros de prision ó sea de cuarentena. Son estos una señora italiana que ocupaba un cuarto ella sola; dos rabinos, una viejecita, no sé de qué nacion, y el padre abisinio : por ahorrar gastos, los pobres se habian reunido todos en la misma habitacion. La primera, que era una viudita, hallábase muy conforme, hacia muchos años que habitaba cerca del monte Líbano, y en Beirut,

así es que las costumbres árabes no le sorprendian absolutamente ; los demas tambien se hallaban resignados, á lo ménos así lo parecian. Uno de los judíos prepara en una cazuela su alimento, el otro lee la Biblia ó reza meneando la cabeza como un maniquí, atados los dedos con una especie de hiladillo, y trae una cosa cuadrada sobre la frente, la viejecita duerme, y el abisinio fuma su *argilé*, ó pipa, con mucha tranquilidad : todos contentos y satisfechos, solo yo fastidiado é impaciente. Despues de un momento de conversacion, salí al patio á admirar las ruinas del edificio. En la mitad encuentro un balcon, subo por la escalera que casi se cae, y gozo de una buena vista : á los lados no tengo mas que ruinas y escombros ; en frente, el dilatado y hermosísimo mar. Aquí en este balcon establezco mi gabinete literario, y en medio de un silencio sepulcral, escribo algunas páginas de este libro. Algunas veces no sé lo que me pasa, donde estoy ; se me figura que no soy un peregrino, sino un desterrado sobre esta roca que domina el mar.

Desde el 1° hasta el 6 de setiembre duró la misma monotonía, sin tener mas distraccion ni mas placer que cuando recibia por las tardes la visita de los venerables P. P. franciscanos, que alternaban hasta que todos en el convento, desde el presidente hasta el último lego, habian llenado, como ellos creian, este deber : siempre con la sonrisa en los labios, con el cariño en el semblante, con la caridad en el corazon. Al principio se nos comunicó que solo estaríamos cinco dias en la cuarentena, mas el mismo dia que contábamos salir, vino la orden de Constantinopla para hacer guardar quince dias á todas las procedencias del Egipto. Fuimos pues chasquea-

dos completamente, y era preciso resignarnos á nuestra suerte; el médico, sin embargo, acosado por el cónsul español y los padres para que nos dejara salir, nos mandó proponer que nos bañáramos en el mar, que dejáramos toda la ropa que traíamos, nos pusiéramos otra, es decir que hiciéramos el *despoglio*, y que nos perdonaria cinco dias. Al momento adoptamos la proposicion, y tomamos las medidas para ponerla en planta inmediatamente: todo era una verdadera farsa.

No tardó en presentarse el *drogman* del médico que venia á presenciar la operacion: cuando dió la órden de marchar, seguimos todos como una compañía de soldados, ó mejor dicho como un rebaño de corderos; al frente, delante de todos marchaba marcialmente la italiana, seguía la yo; venian despues uno de los judíos, mi criado y mi *drogman*. Para que el lector pueda formarse una idea de la trasformacion que se operó en nuestras figuras, es preciso describirle los trajes en que se hallaban mis compañeros cuando desfilaron para el baño: la italiana llevaba un traje negro, botines franceses y un sombrero de paja; el hebreo su leviton de cú-bica hasta los tobillos, con algunos rotos de mas, y botones de ménos. Al llegar á la playa nos pusimos en fila, alineados como veteranos, y allí á la faz de las nubes, y tomando por testigos á los arenales que nos rodeaban, principiamos á ponernos en el estado natural, en el dichoso estado en que vinimos al mundo. Como era preciso que todos estuviéramos á la vista del guardian, era tambien necesario estar muy cerca los unos de los otros, lo que naturalmente mortificaba el pudor de la mujer: á los pocos minutos cada uno volvió á sus respectivos lu-

gares, donde encontró un paquete de ropa nueva que le habia sido traída de la ciudad : acabada la ceremonia de la purificacion, regresamos á la cuarentena, é hicimos nuestra entrada triunfal. La italiana trocó su traje negro por uno azul de alguna amiga mucho ménos alta que ella, y sus zapatos por unas chinelas árabes; yo vestia á lo turco enteramente, pantalones bombachos hasta la rodilla (*sherwal*), chaleco recto de seda, chaquetin y *tarbusch* : preferí mandar comprar este vestido, que á la par de ser cómodo podia guardar como una curiosidad; el judío venia con una bata larga de colores y unas botas altas hasta la rodilla; mi criado con un leviton de pieles que le alquiló un sastre y un pañuelo amarillo amarrado á la cabeza, y mi elegante drogman convertido en un árabe del desierto. El conjunto de todos presentaba la vista mas ridícula que se puede imaginar : Cualquiera que no hubiera estado en autos, nos habria creído inquilinos de alguna casa de locos, ó que se hallaba en un dia de disfraces. Quedaron sin bañarse la viejecita, el abisinio, y un judío que no quisieron despojarse de su ropa, pues no podian entrar en gastos para procurarse otra.

Cuando pude disponer de mi persona, no tardó en presentarse uno de los padres franciscanos que entró con los brazos abiertos para saludarme y conducirme al convento. ¡Qué alegría! ¡Qué sinceridad en sus demostraciones! ¡Qué cariñosas ofertas y palabras! Confieso que al arrojármele en los brazos y estrecharlo contra mi corazon, no sabia como manifestar mi gratitud á estos excelentes hombres. El venerable anciano traia un criado que se hizo cargo de recoger todo, y con el afecto de un

padre por un hijo, me ayudó á arreglar mi equipaje, y partímos para la ciudad.

La escena que se siguió en el convento jamas la olvidaré : cada padre corría á las escaleras para recibirme con las mas cordiales demostraciones, como á un antiguo amigo, á un hermano. Vengan aquí los enemigos de estas instituciones, vengan y vean estos hombres, segregados del mundo civilizado, en medio de salvajes casi, dedicados á la enseñanza de la religion, á la conservacion de los santos lugares, al socorro de los peregrinos; vengan, sí, y palpen prácticamente sus virtudes, los frutos de sus trabajos y de sus obras; vengan, traten estos venerables hombres, vivan con ellos, estudien su vida, y de este modo no solo se llenarán de admiracion, sino que sabrán apreciar en lo que valen las calumnias de algunos escritores ingratos.

Teniendo pocos dias de que disponer con motivo de la malhadada cuarentena, al momento dí las órdenes para que me consiguieran los equipajes y peones necesarios para mi caravana, pues por la noche deseaba partir para Jerusalem. Miéntras esto se hacía por mi *drogman*, yo salí con el P. presidente á dar mis vueltas par la ciudad.

Jaffa, ó Joppe, es una pequeña poblacion de unos cinco mil habitantes, y el puerto principal de Tierra Santa. Todas las maderas para la construccion del templo de Salomon que venian del monte Líbano se desembarcaban aquí; fué aquí que se embarcó el profeta Jonás para Tharsis, y segun, la tradicion del país, aquí fué donde entró á la arca Noé, y en donde se halla su tumba. Júdas Macabeo incendió la ciudad, y la mitología griega nos cuenta que no lejos de Joppe se

encuentra la roca á que fué atada Andrómeda, y el lugar donde lavaba sus heridas Perseo despues del combate con el mónstruo que iba á devorar á la hija de Cefeo y de Casiópea. Jaffa tambien es célebre por haber sido habitada por san Luis, rey de Francia. Cuando hubimos visitado la ciudad fuímos al jardin de los padres desde donde se goza de una vista admirable: á lo lejos divísanse las montañas de la Judea y todo el hermoso valle donde se encuentra el antiguo territorio de los filisteos y que comprendia la pentápoli de Gaza, Ascalon, Azoto, Gad y Accaron. Esta parte de la Tierra Santa se conoce hoy por el nombre de *Palestina propia*. Hacia el Sur entre Jaffa y El-Arich hállase Jamnia y varias otras ciudades célebres en la antigüedad, y hoy reducidas á ruinas.

A poco mas de una hora de camino de Jaffa se halla Dair, y un poco mas lejos Khan Younes (*Jenysus*); situada sobre una colina al norte del valle: mas allá la famosa El-Arich, que se cree es la antigua Rhinocolura, en medio de rocas y arenales. Esta es la última ciudad que se encuentra en el lado de Siria, y que se halla bajo la dependencia del bajá de Egipto.

Poca fertilidad existe ya en esos parajes un poco lejanos; pero los alrededores de Jaffa se hallan perfectamente cultivados. Gusto da ver en medio de los arenales esa especie de vegetacion artificial, esa infinidad de naranjos, higos tunos (*ficus indicus*), y otros árboles frutales; el histórico sicómoro levanta hermoso su copa por encima de los molinos de viento.

Despues de un copioso almuerzo y haber visitado todo el jardin y la huerta de los padres, regresamos al con-

vento en donde ya me aguardaban todos los individuos de mi caravana. A las 5 de la tarde del 7 de setiembre despedíme de los excelentes padres, y partí para Jerusalem.

El mismo día despues de 3 horas de un buen trote, llegamos á Rama todos los que componíamos la caravana, es decir, dos jenízaros que me consiguió el cónsul español, mi drogman, mi criado y el *mucaro* ó el árabe que alquila los caballos, y que hace el oficio de nuestros arrieros. Éramos seis personas, bien armadas y montadas; por consiguiente, no habia temor de ser atacados por los beduinos en los llanos de Sharon. La vista de una caravana de esta clase, aunque pequeña, es muy original: cada uno vestia un traje diferente, y el de los jenízaros con sus hermosos turbantes, la espada y pistolas al cinto, sus grandes fajas ó cinturones de seda, presenta una vista pintoresca. Generalmente van montados en soberbios corceles árabes, y tienen un aire tan gallardo y apuesto que parecen personajes del pincel de Horacio Vernet.

Al momento me condujo el drogman al convento de los P. P. franciscanos, cuyo establecimiento es el hotel, digamoslo así, de todos los peregrinos. ¡Qué harian en toda la Tierra Santa los viajeros si no existieran estos religiosos! Hé aquí lo que no se puede responder: es seguro que muchísimos no se atreverian entónces á viajar en Palestina. En esta ocasion fuí tratado por los P. P. con la misma atencion, el mismo cariño que lo habia sido en Jaffa. Se me dió de cenar perfectamente, y un cuarto para descansar. En lugar de reposarme, deseoso de aprovechar el tiempo, pasé á dar una vuelta

á la ciudad que no tardé en pasear de un extremo á otro. Lo único que se observa de particular ó que encierre algun recuerdo histórico es la « Torre de los Cuarenta Mártires » que formó parte en un tiempo del monasterio dedicado á los cuarenta que sufrieron el martirio por la fé en Armenia, en un punto llamado Sebaste.

A las 10 de la noche nos pusimos otra vez en camino, pues yo deseaba llegar temprano á Jerusalem, y evitar los soles que son terribles en esta estacion. A las dos horas pasamos el pueblecito de Amoas, y un poco mas tarde entramos en el callejon llamado « Bab-el-Wady, » en donde termina la llanura y se encuentra la boca del monte. Esta parte del camino, llena de subidas y bajadas, pedregosa y desigual, es desagradable, y no deja de parecerse á los caminos de Nueva-Granada. Al amanecer ya nos hallábamos bien cerca de la Ciudad santa, y lo primero que descubrimos fué la aldea llamada por los árabes *Kariet-el-Anel*, y por los cristianos Jeremías, cuyo nombre se le dió por ser el sitio en que se hallaba la antigua Anathoth, donde nació el profeta. Un poco mas allá estiéndese el valle de Elah, célebre por haber sido allí donde el jóven David mató al gigante Goliath. A la vista de todo esto el corazon me palpitaba, y hallábame impaciente por divisar á Jerusalem. Al fin, al coronar la cima de una montaña, desarrollóse á mi vista la tan ansiada ciudad, y á los pocos minutos ya entraba en ella por la puerta de Jaffa. En diez horas habia hecho el viaje de Jaffa á Jerusalem.

CAPITULO III

Jerusalén. — Refugio de los peregrinos. — « La Casa Nuova. » — El 8 de setiembre, Natividad de la Virgen. — Fiesta en la iglesia de Santa Ana. — Gruta de la Concepcion inmaculada. — Me alojo en la Casa Nuova. — Programa. — El barrio de Harat el Nassara, ó de los judíos. — Su miserable aspecto. — Calle principal. — Palacio del gobernador. — Via Dolorosa. — Estaciones. — Palacio de Herodes. — La Puerta Judiciaria. — Iglesia de la Flagelacion. — Barrio de los judíos. — Sus trajes. — Sinagogas. — Los Armenios. — Concilio de Calcedonia. — Cisma. — La piedra del Jordan y la del monte Sinaí. — Casa de Annas. — La de Pilato. — La mezquita de Omar. — Convento griego.

El que tiene la costumbre de viajar ya sabe perfectamente lo que ha de hacer al llegar á una ciudad cualquiera; su programa es siempre el mismo y hállase trazado de antemano. Tomar un carruaje, dirigirse á un hotel y bien pronto ya se encuentra la llave para todo. No sucede así, empero, al pisar el suelo de la Ciudad santa : aquí no se oye ruido de coches, no hay mas que el pacienzudo camello por las calles, la gente no se inquieta por adquirir oro, no se hace mas que rezar, y no hay mas lugares para albergar al peregrino que los templos y monasterios erigidos por la sublime caridad cristiana. Este es, pues, el refugio de todos, y es tan sabido que, sin decir una palabra, los guías conducen á los peregrinos, como cosa de cajón, al convento de los PP. franciscanos. En Jerusalén la « Casa Nuova » es el edificio que han dedicado los padres á este objeto. Allí se me condujo, pero apenas me desmonté en la puerta, acordéme que estábamos á 8 de setiembre, día de la Natividad de la Virgen, y que aun tenia tiempo de asistir

á la fiesta que se celebra en la iglesia de Santa Ana, que se halla sobre la gruta de la Concepcion inmaculada. Sin acordarme del cansancio y estropeo, sin pensar que hacia muchas horas que no habia tomado alimento alguno, sin quitarme siquiera el polvo del camino, dirigíme inmediatamente á este templo. Pisar la ciudad santa en un dia tan grande para la Iglesia, saludar este santuario ántes de visitar los demas, hé aquí un principio feliz á mi peregrinacion. A poco rato ya me hallaba realizando este deseo, ya estaba en el fondo de la gruta, postrado ante el modesto altar, arrobado el corazon, el alma empapada en fé religiosa. Los padres de una caravana francesa celebraban el oficio divino miéntras que otros españoles hacian resonar por todos los ángulos de esta sagrada gruta sus religiosos cantos. Decir, espresar lo que sentí en aquel momento, me es imposible; yo mismo no pude comprenderlo y aun hoy no alcanzo á figurármelo siquiera. La vista de esa gruta subterránea en donde solo penetra la luz por una estrecha puerta, de esa sencillez en el altar, de las luces que se hallan colocadas simplemente en las hendiduras de las rocas, oh! todo esto, visto con los ojos de la religion y trayendo á la imaginacion el suceso que conmemoran allí los cristianos, trasporta el espíritu hácia el Criador. Al oir el solemne acento del padre que entonára los salmos, y cuyo eco se repercutia en el fondo de la gruta, tal me parecia oir la voz atronadora del Señor.

La parte superior y nave de la iglesia hállase toda en ruinas, los turcos la convirtieron en mezquita por mucho tiempo, y hoy dia, por fortuna, el gobierno francés

ha logrado poner este santo lugar en posesion de los cristianos. A mi regreso á la « Casa Nuova » puse mi nombre en el gran libro ó registro de peregrinos que se lleva allí, y al instante se me dió mi correspondiente celda con la mayor amabilidad.

Fatigado el cuerpo, agobiado de impresiones el espíritu, de emociones el corazón, tendíme en la modesta cama, y quedéme dormido hasta las seis de la tarde. Ya no era hora de salir á la calle, no podia visitar mas lugares, era preciso dejarlo para el dia siguiente.

Como no tenia mucho tiempo de que disponer para visitar la Tierra Santa, me fué necesario formar un programa de lo que se ha de ver diariamente, y proceder á ello con cierto método : esto es sobre todo esencial cuando se recorre la Palestina, en donde á cada paso se encuentran sitios notables y dignos de llamar la atencion del viajero cristiano. Me tracé pues un plan y lo observé en toda su estension. Lo primero que debia hacer era dar un paseo por toda la ciudad intramuros, y visitar los monumentos que contiene : esta fué la parte del programa que habia destinado para el dia siguiente de mi llegada.

Muy temprano salí con mi drogman de la Casa Nuova, y doblando á la derecha entramos en el barrio de « Harat-el-Nassara, » es decir de los cristianos, y que se considera como el principal de Jerusalem. Es en esta parte, en efecto, que se hallan los mejores edificios, establecimientos, y en donde se nota algun movimiento comercial. ¡Qué cosa tan triste ! se aflige uno al no ver mas que casas arruinadas, calles sucísimas, tiendas miserables, miseria por todas partes. Los edificios son muy bajos,

todos de piedra, sin tejados, y contruidos como fortalezas. Las calles que son angostísimas, hállanse llenas de beduinos, y es casi imposible transitar por ellas por la multitud de camellos y borricos que pasan cargados constantemente. La principal calle y la que presenta mas interés, es la que llaman Harat-el-Allam, que va desde la puerta de San-Esteban hasta el Calvario : allí se halla el palacio del gobernador de Jerusalem, y, si la tradicion no miente, se levanta sobre las ruinas del de su predecesor Poncio Pilato : de todos modos, no es mas que un gran caseron, sin mérito ni arquitectura alguna. Desde aquí empieza la célebre « Via Dolorosa, » llamada así para conmemorar los sufrimientos de nuestro Señor Jesucristo cuando fué cargado con la Cruz hasta el lugar donde se le diera la muerte. Es una callejuela muy desigual que va ascendiendo y angostándose hasta el calvario en donde concluye.

Estoy, pues, siguiendo el mismo camino que en un tiempo hiciera el Redentor del mundo, y aquí es preciso irse deteniendo en las diferentes estaciones, y hacer atencion á lo que me iba explicando el drogman.

Hé aquí el órden en que se nos fueron presentando :

1º El arco con una ventanita en el medio, en donde Pilato mostró al Señor á los judíos. « Y Pilato les dijo : « Ved aquí el hombre¹. »

2º El lugar en donde dirigió Jesucristo la palabra á las mujeres que le seguian detras prorumpiendo en llanto y sollozos. « Mas Jesus, volviéndose hácia ellas, les « dijo : Hijas de Jerusalem, no lloreis sobre mí : ántes llo-

¹ Et dixit eis : Ecce homo. (Joann., xix, 5.)

« rad sobre vosotras mismas, y sobre vuestros hijos ¹. »

3° El sitio en donde salió la Virgen al encuentro de Jesus, y desgarrado el corazon cayó privada al ver el estado lamentable en que se hallaba su Divino Hijo.

4° En donde Simon Cireneo ayudó á Cristo á llevar la cruz. « Y cuando lo llevaron, tomaron un hombre de « Cirene, llamado Simon, que venia de una granja : y le « cargaron la cruz, para que la llevase en pos de Jesus ². » Distínguese este lugar por una pequeña columna que han puesto allí los cristianos.

5° El lugar donde solia estar el pobre Lázaro.

6° La casa del rico avariento (Nabal).

7° La casita en donde se hallaba la Verónica cuando salió al encuentro del Señor para enjugarle el sudor y la sangre que vertia su rostro. (El palacio de Heródes se encuentra á la derecha.)

8° La puerta Judiciaria.

9° La iglesia de la Flagelacion.

10° El monte Calvario.

Estático se queda uno contemplando todo estos memorables sitios, y una impresion de dolor y melancolía se apodera del alma.

De aquí pasamos al bazar, que es un paraje cubierto de arcos, oscuro, lleno de tienduchas á un lado y otro. Nada hay que sea digno de atraer la atencion del viajero, al ménos que no se fije en la miseria.

¹ *Conversus autem ad illas Jesus, dixit : Filiae Jerusalem, nolite flere super me : sed super vos ipsas flete, et super filios vestros. (Luc, xxiii, 28.)*

² *Et cum ducerent eum, apprehenderunt quemdam Simonem Cyrenensem venientem de villa : et imposuerunt illi crucem portare post Jesum. (Luc, xxiii, 26.)*

Luego fuimos á dar una vuelta por el barrio de los judíos llamado *Harat-el-Yahoud*, y en donde reside el mayor número de habitantes de la ciudad. El exterior de todas las casas es bien miserable, y aun dícese que todos ellos tratan de aparentar mas pobreza de la que realmente les agobia. Nótase al momento el tipo distintivo de esta raza; todos ellos visten del mismo modo, con sus batas largas, su turbante particular, mostrando dos madejones de cabello que caen sobre las mejillas. Las mujeres son muy bonitas, y aunque la generalidad lleva la cara tapada, no dejan de verse algunas descubiertas con ojos negros bellísimos. Visten del mismo modo que las árabes, todas de blanco con un gran chal de muselina blanca cubriendo toda la cabeza, y arropando casi todo el cuerpo; la cara está cubierta con el *burko* negro. Las niñas llevan este último con una hilera de monedas, por todo el medio de la cara, presentando una vista rarísima. Las sinagogas son bien pobres: allí no hay adornos ningunos, y las ceremonias son una verdadera mojiganga. Confieso que cuando entré en una de ellas, y ví á todos los judíos con sus gorros y turbantes puestos meneando constantemente la cabeza como muñecos de articulaciones, no pude contener la risa. Los judíos aunque viven ocultos, y como extranjeros en Jerusalem, forman una gran parte de la poblacion, y sus coreligionarios de Europa les envian grandes socorros todos los años.

Continuando nuestro camino hácia el sur de la ciudad, el drogman me hizo entrar al famoso convento de los armenios. Bien saben mis lectores que la nacion armenia es toda cristiana hoy dia, ó por lo ménos en su mayor parte. A mediados del siglo Vº de nuestra era,

los errores de Eutiques adoptados por sus admiradores, llamaron la atencion de la emperatriz Pulqueria, que hizo convocar un concilio en Santa Eufemia de Calcedonia con el objeto de restablecer la unidad. Los Armenios, ora sea por imprevision, ora por hallarse á la sazón ocupados en guerrear contra los persas, olvidaron mandar una diputacion á esta asamblea como hicieron los demás estados. Las doctrinas sujetas á controversia fueron condenadas por trescientos sesenta obispos que dieron la definicion de la fé conforme á la doctrina de los santos Padres y de los sínodos precedentes. La asamblea deseaba conocer la opinion de los armenios sobre la materia; pero estos mostráronse remisos, y negáronse á fallar sobre ellas, alegando por pretexto que no habiéndose hallado presentes en las discusiones, no podian fundar su voto. De aquí nació el cisma que se ha perpetuado hasta nuestros días entre esta nacion y las demás que componen el catolicismo.

Los armenios que residen en Jerusalem están bajo la jurisdiccion del patriarca de Constantinopla, mientras que los que se hallan esparcidos por la Rusia, Persia y otras partes del Asia, reconocen la supremacia del patriarca de Etchmiatzin, que es la cabeza espiritual de su iglesia y que reside por lo general en el convento llamado de las « Tres Iglesias, » situado en la Armenia occidental cerca del monte Ararat.

El convento de esta comunión en Jerusalem, es hermosísimo y perteneció en otro tiempo á los latinos. Abraza casi una manzana, tiene un espacioso jardín, y habitaciones para poder alojar mas de mil peregrinos. La iglesia hállase á la entrada, y está adornada del modo fan-

tástico y raro que caracteriza á los armenios. A la izquierda se vé una capillita donde arden constantemente varias lámparas : es el lugar mismo en donde fué degollado Santiago. La puerta está toda incrustada de concha de tortuga y representa pasajes de la Sagrada Escritura. Es un trabajo de gran mérito.

En el vestíbulo de la iglesia se muestran dos hermosas piedras, que se veneran por todos los peregrinos : la una, traída del monte Sinai, formaba parte de la roca contra la cual Moises rompió las tablas de la ley ; la otra, es en la que puso Nuestro Señor los piés cuando á las orillas del Jordan recibió el bautismo de manos de san Juan. Las contemplé un gran rato, acerqué los labios y las besé con el mayor fervor.

Después de dar el correspondiente *backshish* al portero ó guardian, salimos del convento. A los pocos pasos encontramos la casa del sacerdote Annas en donde también tienen los armenios una capillita. Siguiendo nuestro camino llegamos á la antigua casa de Pilato en donde hay hoy día un cuartel turco. Al momento el drogman pidió permiso á la guardia para subir á la azotea desde cuyo punto gozamos de la vista de la mezquita de Omar. Mis lectores no ignoran que es prohibido á todo cristiano el visitar este monumento, y que el desgraciado que se atreviere á ello pagaría con la cabeza su imprudencia : es, pues, preciso que el peregrino se contente con verla por fuera, y para eso no hay mejor punto que el que acabo de nombrar. Lo primero que se presenta á la vista es una gran plazuela que va á dar hasta la Puerta Dolorosa, por la cual hizo nuestro Señor su entrada á Jerusalem el domingo de Ramos, y que los

turcos han condenado para que no entren los cristianos. Toda la parte de enfrente, es decir la que da al occidente, se halla fabricada de casas en donde solo turcos pueden habitar, y en donde hay algunas escuelas para niños musulmanes, conocidas con el nombre de *medresés* en el Oriente.

En el propio centro de la esplanada está la famosa mezquita de Omar, llamada así por haberse empezado por este célebre califa. El edificio tiene la forma de un octágono regular, sobre el cual se levanta una cúpula esférica. Tiene cuatro grandes puertas á los costados, y á las entradas hay ocho columnas de mármol de orden corintio. Esto es todo lo que pude distinguir, y debo confesar que bastaba: las mezquitas poco tienen que ver por dentro, y el que ha visto las mejores de Egipto no encontrará en las de otros países mucho de notable. La curiosidad que me dominaba quedó completamente satisfecha; gocé infinitamente mas, viendo los sitios que rodean esta mezquita, y que fueron teatro de tantos acontecimientos: el hermoso panorama de Jerusalem que se desarrolla á la vista desde este lugar es espléndido y magnífico.

Cansado de andar de un extremo á otro de la ciudad me regresaba ya para la Casa Nuova, cuando hallándome muy cerca encontré en mi camino el convento que pertenece á los griegos de la iglesia de Oriente, y que era indispensable conocer. En la puerta encontré un padre con su gran bata negra, su gorro cuadrado del mismo color, y su hermosa barba blanca que le caía hasta el pecho: nos hizo entrar y nos mostró todo el convento con la mayor amabilidad. Aunque muy hermoso, este

convento no iguala, ni en la construccion, ni en los adornos de la iglesia, al de los armenios.

Los griegos cismáticos, con los latinos y armenios, son las tres comuniones cristianas que velan por la conservacion de los santos lugares. Calcúlanse en cerca de 20 millones los cristianos fuera de Europa, teniendo los griegos cismáticos por cabeza los cuatro patriarcas de Constantinopla, Antioquía, Alejandría y Jerusalem. La jurisdiccion de este último lugar se estiende á toda la Palestina.

Celos indiscretos, disputas sin número acerca de la posesion de los diversos santuarios, se han suscitado constantemente entre los latinos y los griegos; aquellos sostenidos desde los tiempos de las cruzadas por la Francia y la católica España, estos por la cismática y usurpadora Rusia. Cosas lamentables se han visto á causa de este antagonismo, y el teatro de los milagros y pasion de Nuestro Señor Jesucristo se ha convertido mas de una vez en un campo de Agramante, en un sitio de continuas discordias y querellas entre las comuniones cristianas.

CAPITULO IV

Iglesia del santo Sepulcro. — Obtengo permiso para visitarla. — Procesion en el templo. — Gratas impresiones. — Refectorio. — Me dan una celda. — Canto de los armenios á media noche. — Entro al templo á las tres de la mañana. — Capilla de santa Helena. — Santos lugares de la pasion. — El monte Calvario. — El sitio de la crucifixion del Señor. — El sepulcro. — Tumbas de Godofredo de Bouillon y de Balduino. — Inscriccion. — Absurdo dominio del turco. — Rivalidad de los cristianos en la Tierra Santa.

Cualquiera que lea estas páginas habrá, quiza, estrañado que aun no haya hecho mencion del principal mo-

numento que atrae á los viajeros á Jerusalem. Haber pasado tres dias ya en la santa ciudad y no haber visto aun el Santo Sepulcro, parece una negligencia, una falta imperdonable. Pero es necesario saber que la iglesia no está abierta todos los dias, que solo dos veces á la semana se permite entrar al público, y que, si acaso se quiere lograr esta satisfaccion en otro dia que no sea de los fijados, es preciso pedir permiso al bajá turco que tiene la llave de la puerta, y aun pagar unas cuantas monedas por el favor. De modo que para poder visitar la tumba de Cristo es menester pagar una contribucion á los sectarios de Mahoma. ¡Qué ignominia!

Los buenos padres franciscanos se encargaron de obtenerme el permiso, y á las 4 de la tarde se me presentó el excelente padre frai Manuel Collado para conducirme. No solo habia solicitado visitar el templo, sino pasar una noche entera: yo no queria únicamente ver y observar, deseaba dejar que mi alma se extasiara; empaparme en la atmósfera religiosa, y recorrer en la tranquilidad de la noche y en el seno de las tinieblas, los preciosos lugares regados con la sangre del Salvador. Para gozar de una emocion tan grande, yo queria estar solo, sin oir mas ruido que los latidos de mi corazon, sin mas testigo que el mismo Dios! Una especie de egoismo religioso me dominaba: era que yo preveia las dulces emociones que iba á sentir mi corazon, mi alma, todo mi ser, y no queria ni ser distraido ni hacer partícipe de ellas á ningun otro mortal.

Apénas entré en la iglesia, un sentimiento inexplicable se apoderó de mí, y por algunos instantes no sabia darme razon en donde estaba. Fray Manuel me introdujo al padre

Antonio González, y se marchó; en breve las dos inmensas hojas de la puerta giraron con estrépito sobre sus charnelas, y quedé encerrado dentro del primer templo del mundo. El reloj dió las cuatro y media de la tarde, y la procesion diaria de los padres franciscanos en conmemoracion de la pasion de N. S. Jesucristo empezó. Dióseme un cirio que encendí, un librito en latin, conteniendo las oraciones que se rezan, y seguí con la mayor devocion esta imponente ceremonia. ¡Cuán extraño parecia yo en medio de estos venerables padres con la barba blanca cayéndoles hasta el pecho, con el vestido de su órden, entonando magníficos himnos en honor del Señor! ¡Me sentia humilde y contento, el mas pequeño de los hombres, pero satisfecho de mi puesto, y lleno de esperanzas en las plegarias que se elevaban al cielo de semejante lugar!

Terminada la procesion, fray Antonio González condújome al refectorio en donde otro venerable padre me sirvió una cena abundante. Luego tuvimos un rato de conversacion con la mayor franqueza y cordialidad: habríase dicho que era un pariente con quien trataba, á todo me respondia con el mayor cariño. Como ya era de noche me llevó á la celda que se me habia destinado é instalóme perfectamente. Antes de despedirse quedó en venir á llamarme á las 3 de la madrugada para ir juntos á recorrer la iglesia. A esta hora empiezan sus oficios los armenios, y por consiguiente los latinós ó católicos romanos no están ocupados.

Serian las ocho cuando me quedé sólo en la celda: no se oía ningun ruido, el manto de la noche cubria todo. ¿Cómo pintar las impresiones que me asaltaban en estos

instantes? Instintivamente dí unos pocos paseos al través de la celda, y abrí la ventanita que daba á la iglesia; me puse de rodillas, y allí en esta posicion me quedé sumergido en la meditacion mas profunda. Acostéme en seguida con ánimo de dormir un poco, ¡mas en vano! imposible me fué conciliar el sueño por muchas horas: mi espíritu se hallaba demasiado agitado para que pudiera reposar el cuerpo. No hacia mas que dar vueltas en la cama, recordar la santidad del lugar en que me hallaba, traer á la memoria los pasajes de la historia santa. Absorto me hallaba en mil reflexiones, cuando de repente á eso de media noche oigo una campana que sonaba fuertemente: era el toque para llamar á los griegos que siempre empiezan sus oficios á esta hora. A los pocos minutos ya el templo resonaba con sus tétricos cantos; el altar mayor, de que se han apoderado, hallábase todo iluminado, y el olor del incienso ya se hacia sentir por todas las bóvedas y galerías. Inútil era pensar en dormir; una especie de fiebre se apoderó de mí, y tal me parecia que soñaba. Al fin siento pasos, oigo que tocan á la puerta: el venerable fray Antonio se presenta á decirme que la hora se acercaba, que me preparára. Modesto cuanto santo, aguardóse en el corredor miéntras me vestí; al dar el reloj el toque de las tres, entró, y dándome un abrazo, exclamó: ¡Vamos, sígame Vmd! Cual un niño, temblaba de susto, de alegría, de santa emocion: hice lo que me dijo, y empezamos á sumergirnos por las oscuras galerías. Oh! al lado de aquel respetable anciano, con su barba de nieve y mostrando en la frente las huellas de la meditacion y penitencia, me parecia que toda mi vida habia dado pasos estravia-

dos, y que por la vez primera un santo me iba á mostrar el camino de la virtud.

La primera puerta que abrimos nos presentó la capilla católica, ó sea de los latinos. Allí al pié del altar nos arrodillamos, y despues de rezar algunas oraciones continuamos. A los pocos pasos hállase otro altar á mano derecha; pusímonos de rodillas otra vez, y el padre me dijo: Aquí detras de esa reja se halla la columna á la cual fué atado N. Señor miéntras le azotaron, rece V. un padre-nuestro, que en todos estos sitios se gana indulgencia plenaria. Así lo hice, y proseguimos. Saliendo de la capilla, á un lado, se halla la sacristía, y á los pocos pasos otro altar; allí nos arrodillamos y fray Antonio me dijo otra vez: Aquí en ese sitio, donde V. vé ese círculo de mármol, apareció el Señor á la Magdalena vestido de hortelano. « Mas habiendo resucitado por la mañana, el primer dia de la semana, apareció primeramente á María « Magdalena ¹. » Recé mi padre-nuestro y seguimos. Doblando á la izquierda se nos presentó otro altar en el lugar donde estuvo preso Nuestro Señor miéntras se hacían los preparativos para crucificarle. Un poco mas allá está otro erigido sobre el mismo lugar en donde « los soldados, despues de haber crucificado á Jesús, tomaron sus « vestiduras ². » Luego bajamos una escalera, y fuimos á un subterráneo: en el fondo está la capilla llamada de santa Helena, de una sencillez admirable, no hay mas adorno que las desnudas rocas. ¿Qué mejor templo

¹ Surgens autem manè, primâ sabbati, aparuit primò Mariæ Magdalene. (Marc., xvi, 9.)

² Milites ergo eum crucifixissent eum, acceperunt vestimenta ejus. Joann., xix, 23.)

para esta emperatriz que todos los Santos Lugares que renovára su celo religioso en toda la Tierra Santa? En una esquina, bajando algunos escalones, se halla el lugar en donde esta misma santa encontró la cruz que estaba enterrada, y en donde se ha erigido el altar llamado de la *Invencion de la santa Cruz*.

Regresando á la iglesia entramos á la capilla del *Impropere*; en el centro está la piedra en que se sentó el Señor cuando le abofetearon. «Y desnudándole, le vistieron un manto de grana¹.» De aquí subimos una angosta escalera, y al poco rato nos hallábamos en el monte Calvario, sobre la misma roca del Gólgota, á la parte sur del sepulcro, y á una distancia como de unos cien piés. La cima del monte está nivelada y forma una plataforma poco mas ó ménos de cincuenta piés de ambos lados, sobre la cual se han levantado dos hermosas capillas divididas por arcos; la de la izquierda pertenece á los griegos, la de la derecha á los latinos : aquella está construida sobre el mismo sitio donde se clavó la cruz. Veese perfectamente la hendidura que se formó en la roca al instante que el Señor espiró : «Y tembló la tierra, «y se hendieron las piedras².» En el interior un gran cuadro formado de mosaico, en frente del altar, señala el lugar, el punto mismo en que se verificó la crucifixion. Sí, en este pequeño espacio preséntase al devoto peregrino el sitio en que se vejó, se humilló y se sacrificó al Redentor del mundo. ¡Aquí se consumó la obra de la redencion! Si el dia destinado á recordarnos la muerte de

¹ Et exuentes eum, Chlamydem coccineam circumdederunt ei. (Matth., xxvii, 28.)

² Et terra mota est, et petrae scissae sunt. (Matth., xxvii, 51.)

Nuestro Señor Jesucristo, el corazón se oprime de dolor cuando se leen las palabras del Evangelista : « Y Jesús dando una grande voz dijo : Padre en tus manos encomiendo mi espíritu; y diciendo esto *ESPIRÓ*¹; » ¿qué no experimentará el cristiano cuando se encuentra en el mismo sitio, en el mismo punto donde tembló la tierra, salieron los muertos de sus tumbas, donde toda la naturaleza se enlutó por el Hombre Dios que acababa de espirar en la cruz? En el sitio donde vertió el Señor su divina sangre cayeron mis lágrimas, y mis labios besaron con fervor la losa que cubre este lugar sagrado.

La muerte de Jesucristo es el crimen de la humanidad : arrójese una ojeada al mundo y veamos como se hallaba cuando tuvo lugar el gran martirio : el mundo yacía en la miseria y en la esclavitud mas completa, sumergido en las tinieblas y en la idolatría más espantosa. No bien la sangre del Justo corrió en el Gólgota, que la faz del universo cambió; el politeísmo se desmoronó bajo el imperio de los Césares; pueblos enteros fueron rescatados, y sobre las ruinas de una sociedad corrompida se levantaron naciones teniendo por bases los principios mas hermosos y santos. El cristianismo ha traído la libertad humana, y esta á su turno ha cambiado las instituciones, las costumbres y los hombres.

No lejos del arco del *Ecce Homo* está el lugar en que la Virgen, expulsada por las guardias, encontró á su divino Hijo cargado de la cruz. « Este hecho, dice Chateau-

¹ Et clamans voce magnâ ait : Pater, in manus tuas commendo spiritum meum. Et hæc dicens, expiravit. (Luc, xxiii, 46.)

briand, no se halla mencionado en los Evangelios; pero es generalmente creído bajo la autoridad de san Bonifacio y de san Anselmo¹.»

¡Cómo no debió sufrir el santo corazón de María en estos instantes! — ¡Cómo pudo presenciar tan aguda pena! — Si el amor de madre es un sentimiento tan sublime, ¿qué no será el de una Virgen que es toda pureza, ternura y santidad?...

Los católicos han hecho una capillita también en este lugar, que llaman de *Nuestra Señora de los Dolores*. Bajando del Calvario encuéntrase frente á la puerta principal una gran losa de mármol; cuatro inmensos cirios sostenidos por cadenas arden á los lados, encima hay colgadas varias lámparas de plata riquísimas: es la «Piedra de la unción.» Aquí el cuerpo del Señor fué ungido de mirra y áloes ántes de llevarlo á la tumba.

Ya habíamos recorrido casi todos los santuarios, y hallábamosenos otra vez á la entrada de la nave del templo. En el centro levántase majestuoso un monumento oblongo, todo de mármol, que tendrá unos veinte piés de largo sobre diez de ancho, lo ménos quince de altura, y coronado de una hermosa cúpula sostenida por varias columnas: es un templo dentro de otro templo, una tumba dentro de un sepulcro: ¡el sepulcro de Cristo! A la entrada hay una capillita que llaman del ángel, y pasando una pequeñísima puerta se encontrará uno en presencia del Santo Sepulcro. Es este de mármol, con la cubierta rota por la mitad, parece que de propó-

¹ *Itinéraire de Paris à Jérusalem.*

sito : encima levántase un modesto altar, y del techo cuelgan cincuenta magníficas lámparas de oro y plata regaladas por los reyes. Varios enormes cirios arden noche y día al rededor de la preciosa tumba, y sus hermosas llamas acaban de encender la de la fé en el pecho del peregrino. ¡Ah! ¡qué no siente el cristiano viajero al hallarse en presencia de estos restos sagrados! Así como los ojos del humano cuerpo se ofuscan al mirar de frente el astro radiante del sol, del mismo modo los del alma quedan heridos fuertemente en este santo sitio, y cae el pobre pecador postrado, sintiendo en su interior una emoción inexplicable. Yo, por mi parte, pasé allí horas enteras sin poder darme cuenta en dónde estaba, ni lo que sentía mi alma. Las rodillas en el suelo, los brazos estendidos sobre el sepulcro, y con el labio pegado al mármol, me entregué á la contemplacion de los grandes misterios de nuestra fé. La santa sublimidad interior que anonadaba mi espíritu venia á aumentarse con los imponentes cánticos del exterior : por un lado se oía el fúnebre canto del griego ; por otro los trenos del armenio ; aquí el lloro lastimero de los coptos ; mas allá el sonoro acento del fiel latino ; por todas partes se oyen á la vez cánticos diferentes ; de cada ángulo del edificio parecen desprenderse divinas armonías, himnos bellísimos, que, por un efecto de acústica sagrada, repercutia el eco en la cúpula, y parecían escaparse hasta el cielo. ¡Qué cosa tan hermosa ! Todas estas comuniones cristianas, que fuera de la iglesia viven en continuo combate, aquí bajo el techo del Santo Sepulcro hállanse unidas elevando á un tiempo sus preces al Redentor del mundo !...

El padre que entró á decir la misa de las cuatro, vino á sacarme de mis contemplaciones y á obligarme á salir de la capilla del Santo Sepulcro. Tal me parecía que una fuerza magnética me atraía hácia él, y al retirarme se me figuraba que me hallaba abandonado. Un celo religioso se apoderó de mí, y hubiera querido en aquellos instantes que ningun mortal me privase de mi fervor religioso. Sentia que habia colmado todas mis aspiraciones como viajero en la vida, y me encontraba satisfecho. Ni las soberbias basílicas, modelos de arquitectura gótica y griega de Europa; ni los monumentos grandiosos de Egipto; ni los caprichosos templos del lejano Oriente, nada me parecia notable ahora : todo perdía su importancia, despues de haber visto el modesto recinto que encierra la tumba del Redentor.

Acabada la misa, el padre Antonio condújome á la sacristía, y despues de conversar un rato se despidió. Yo me puse á esperar que el reloj señalára las seis, pues á esa hora debían abrir la puerta de la iglesia, solo con el objeto de que yo saliera. En el ínterin, y siendo ya de dia, púseme á examinar todo en el templo con minuciosidad : ví las curiosidades que hay en la sala de antigüedades; luego las tumbas de Godofredo de Bouillon y de Balduino su hermano, de estos dos célebres campeones cristianos cuyos nombres están tan íntimamente asociados con la historia de Jerusalem. La tumba de Godofredo tiene este epitafio :

HIC JACET INCLYTUS DUX GODEFRIDUS DE BULION,
QUI TOTAM ISTAM TERRAM ACQUISIVIT CULTUI CHRISTIANO, CUJUS ANIMA
REGNET CUM CHRISTO. AMEN.

« Aquí yace el inclito jefe Godofredo de Bouillon que ha conquistado toda esta tierra al culto cristiano. Que su alma reine con Cristo. Así sea. »

Al cabo de un momento, vino uno de los padres franciscanos, por cierto que era un jóven de muy simpática figura, y me avisó que me iban á poner en libertad. En efecto corrióse el gran cerrojo, y salí : al despedirme, el padre dióme un estrecho abrazo, y me dijo del modo mas sentido, y con un acento de lo mas tierno : « *Adios, ya se va V.; y son los turcos los que le abren la puerta. Oh! qué vergüenza!...* »

El tono de voz, el aire, la figura del venerable jóven, sus últimas palabras, me conmovieron tanto, que se me han quedado gravadas. Este religioso hablaba con el corazon, hablaba con el alma, hallábase lleno de natural indignacion. Sí, los Turcos son los que guardan hoy el primer templo del orbe cristiano : ¡ el Santo Sepulcro ! ellos, los musulmanes, son los que permiten ó no á los cristianos el visitarlo ; en fin, son los dueños absolutos del monumento mas sagrado que hay en la tierra, de la primera reliquia para el cristiano. Y esto que indigna á cualquiera, que es un reproche á las naciones fuertes que se titulan hoy católicas, y que marchan á la vanguardia de la civilizacion, no puede ménos que ser providencial. Tal parece una paradoja ; pero es un hecho, á mi modo de ver, ventajoso, que todos los guardianes cristianos que se mantienen dentro de la iglesia del Santo Sepulcro se hallen á su turno guardados por los turcos infieles : es acaso esta circunstancia lo que puede conservar á todas las diferentes comuniones en armonía y buena inteligencia. Sabidas son las pugnas y rivalidades que han existido en todo tiempo entre los diversos cristianos en Tierra

Santa, pugnas lamentables que han dado armas á las otras religiones para atacar el cristianismo, y que siempre han sido en desdoro y mengua de todos sus autores.

CAPITULO V

Historia de la iglesia del Santo Sepulcro. — Firmanes del sultan. — Pretensiones y manejos de los griegos. — La estrella puesta donde nació el Salvador. — Firman con motivo de su reemplazo. — Propiedad de los santuarios. — Orígen de la guerra de Oriente. — Organización de las misiones católicas. — Jerarquías. — Estadística de las misiones en Siria. — Recursos que recibían de las naciones católicas. — Situación de los padres. — Limosnas del Austria. — Recursos de los Estados-Unidos.

La historia de la iglesia del Santo Sepulcro, es la historia de todas estos escándalos desgraciados. Durante los diez y siete sitios que ha tenido la ciudad de Jerusalem, todos los edificios debieron sufrir mucho; pero particularmente la iglesia del Santo Sepulcro como el monumento mas precioso y que escitaba por lo mismo mas la ira salvaje del infiel. Desde el año 615 de nuestra era en que entró el ejército de Cosroes, y en que perecieron 90,000 cristianos, hasta el año 1099, época de las cruzadas, este magnífico templo fué destruido y pillado muchísimas veces. Lleváronse mil reliquias, acabaron con mil altares, cargaron hasta con la cruz recuperada despues por Heraclio; pero afortunadamente, los principales santuarios resistieron sus embates: el Santo Sepulcro, el Calvario, la Piedra de la Uncion, hallábanse incrustadas en la tierra y no pudieron desaparecer. La entrada de Saladino, un siglo mas tarde,

en 1188, tambien causó inmensos daños á la iglesia á pesar de que se la respetó hasta el último momento. Pero cuando mas horrores se cometieron en Jerusalem, y mas padeció el templo del Santo Sepulcro fué á mediados del siglo trece, cuando las hordas de bárbaros, arrojados por los mongoles de su territorio, penetraron en la santa ciudad.

Sin embargo, en los siglos que siguieron, Felipe de Bourgogne obtuvo permiso del sultan para reparar la iglesia y hacer algunas mejoras. A principios del siglo diez y siete los patriarcas Sophronis y Teófano la compusieron, y quedó casi como nueva. En el año de 1719 volviéronse á hacer algunos trabajos que fueron los últimos hasta que vino el voraz incendio de 1807. La reedificacion de la iglesia tuvo lugar en 1808.

Hasta esa época todos los firmanes del sultan autorizaban siempre á los *religiosos latinos* á hacer y deshacer lo que quisieran en la iglesia, y á pesar de esto los griegos y armenios han querido usurparles este derecho, trayendo las consecuencias mas lastimosas. Cuando en el año 1696 obtuvieron los padres franciscanos el firman que les permitia componer la cúpula, fué tanta la rabia y envidia que se despertó con este motivo entre los griegos, que hicieron asesinar á multitud de hombres y hasta bueyes empleados en traer los materiales desde Jaffa. Y no paró en esto solo, mas de 300 mograbinos atacaron la iglesia, y á no ser por la pronta ayuda que los pobres padres latinos recibieron del gobernador de Jerusalem, todos hubieran sido víctimas. La obra se concluyó al fin, pero á fuerza de derramar oro, y teniendo siempre un ejército en pié.

Los griegos no se han contentado con esto : se han apoderado de la mejor parte de la iglesia; han invadido casi todos los demás altares, y amenazan despojar á los latinos de los santuarios que les pertenecen. Protegidos por los rusos, gastando dinero, no es extraño que logren su objeto. ¿El horrible incendio que consumió, el año de 1807, el Santo Sepulcro no fué obra de los Griegos? Estos acusan á los armenios que fueron los que mas ganaron en esta catástrofe; pero sin fundamento alguno. El hecho es que á la sazón, olvidados los latinos enteramente, con motivo de los acontecimientos políticos que agitaban la Europa, no tuvieron los medios para levantar el templo, y la Puerta, hollando todas las leyes de equidad, concedió á los griegos el permiso de restaurarlo. Poco hábil fué la conducta que observó en esta materia el embajador francés, general Sebastiani, quien no pudo ó no supo defender los sagrados derechos de los católicos que le estaban encomendados. Los escombros, aun encendidos, del primer templo del orbe católico, se entregaron á manos de un albañil griego de Constantinopla, Komeano Kalfa, que los profanó con remiendos y reparaciones de mal gusto; destruyó aun aquello que las mismas llamas habian respetado, como la pequeña cúpula del Santo Sepulcro, solo por poner en su lugar otra con inscripciones y letreros griegos á fin de que les sirva como título de propiedad. Fué entónces que los griegos hicieron pedazos los sepulcros de Godofredo de Bouillon, y de sus sucesores, cubriéndose con este acto de ignominia y baldon.

Y á tal punto han llegado las pretensiones de los griegos, que cuando se trataba por los religiosos católicos de

volver á poner en su puesto la cruz en los santuarios que siempre les han pertenecido, y en virtud del *firman* que obtuvo M. Latour Maubourg, aquellos no quisieron permitirlo, alegando como razon que ya todos estos santuarios son propiedad de ellos.

Es un hecho indisputable, sin embargo, que el Santo Sepulcro, el monumento que le encierra, y la gran cúpula pertenece á los latinos. Todo cuanto presentan los griegos como argumento para probar sus derechos es un tejido de absurdos, y si el año de 1853 obtuvieron el célebre *firman* que ya ponía en duda la legitimidad de la propiedad latina, esto solo se logró por la influencia rusa, y las amenazas del príncipe Menschickoff. La ambicion del czar llegó á tal extremo y sus pretensiones fueron tan exageradas, que estas sencillas cuestiones originaron despues esa gran guerra llamada de Oriente.

Y no es únicamente en la iglesia del Santo Sepulcro que vemos esta lucha, es en toda la Palestina. En el año 1847 hicieron los latinos una pérdida muy grande : los griegos se robaron la estrella que de años atrás habian colocado los católicos para señalar el sagrado sitio donde nació el Salvador. Por supuesto que todos los representantes de los países católicos hicieron reclamaciones contra este nuevo atentado, y el *firman* imperial que se expidió en mayo de 1853 á este efecto, y cuya copia se pasó á las embajadas francesa y rusa en Constantino-
pla, es realmente un documento curioso. Dice así :

En cuanto á la estrella que se ha colocado en la gruta de la iglesia de Belen, en lugar de la antigua, como UN RECUERDO SOLEMNE DE NUESTRA PARTE IMPERIAL, y á fin de acabar con las disputas suscitadas acerca de este punto,

mando : que ni una ni otra nacion cristiana tiene derecho alguno nuevo ó particular. No se permitirá que se haga en ningun tiempo la menor innovacion ó cambio.

El acto pues de colocar de nuevo esta estrella no es de justicia, sino una humillacion para los cristianos, y una muestra del despotismo turco. Hé aquí que, por una aberracion singular, es un sultan, un sucesor de Mahoma, quien se ha encargado de fijar el derecho sobre el punto donde naciera el Dios de los cristianos!...

Los católicos eran dueños en Tierra Santa de los principales santuarios, por actos auténticos, hechos por soberanos legítimos que les aseguraba la propiedad; sus derechos, por consiguiente, son perfectos, y valen mas que el capricho de los bajás, las vicisitudes de los gobiernos, y las invasiones de los conquistadores.

En todo tiempo los latinos han defendido palmo á palmo su terreno, y han hecho un bien inmenso al cristianismo. Hállanse, además, perfectamente establecidos en todas partes, y organizados del mejor modo para la conservacion de los Santos Lugares y la difusion de la enseñanza católica.

Hé aquí como están divididos :

La primera autoridad es el patriarca de Jerusalem que reúne el título de prefecto de las misiones en Siria, Chipre y Egipto, bajo cuyo carácter depende de la Congregacion *de Propaganda Fide* en Roma, y es además guardian del monte Sion, del Santo Sepulcro, y custodio de Tierra Santa. La segunda autoridad de los Santos Lugares es el padre Vicario del orden de san Francisco, cuyo destino obtiene hoy el santo varon fray Antonio de la Tribulacion. La tercera es la de procurador general, que

hace de cajero, y tiene á su cargo la administracion temporal. Este puesto lo debe desempeñar siempre un español, actualmente lo ejerce el padre Gómez. La iglesia del Santo Sepulcro tiene un superior que se llama presidente, y que manda sobre los padres que se hallan dentro; el padre Eduardo, aleman, ocupa hoy este puesto.

Concíbese que solamente para confesar, debe haber muchos padres, pues hay que hacerlo en español, aleman, latin, italiano, francés, húngaro, polonés, árabe, griego, y en varios otros idiomas antiguos y modernos.

La estadística completa de la Mision de los padres de Tierra Santa es la siguiente :

Jerusalén.— Convento de San Salvador, que contiene: una iglesia, un hospicio, 28 padres, 52 hermanos legos, 940 católicos, una escuela para niños, y otra de niñas dirigida por hermanas de San José.

Iglesia del Santo Sepulcro. — 12 padres para guardar el Santo Sepulcro, y para el servicio religioso.

Belen. — Un convento, una iglesia, un hospicio, 10 padres, 6 legos, 1500 católicos, una escuela con mas de 100 niños.

San Juan. — Un convento, un hospicio, una iglesia, en la cual está el santuario de la Natividad de san Juan Bautista, 3 padres, 2 legos, y pocos católicos.

Nazaret. — Un convento, un hospicio, 10 padres, 7 legos, 600 católicos latinos, 400 maronitas, dos escuelas.

Tiberia. — Una iglesia y un convento.

Damasco. — Iglesia, convento, 5,000 católicos, y una escuela con muchísimos niños.

Ramla. — Iglesia, un gran convento para recibir pe-

regrinos, 7 padres. En este pueblo hay muy pocos católicos.

Jaffa. — Iglesia, convento, 5 padres, y 300 católicos.

Beirut. — Convento, iglesia, hospicio, 4 padres, y cerca de 3,000 católicos.

Tripoli. — Convento, iglesia, hospicio, y mas de 500 católicos.

En la isla de Chipre, hay conventos é iglesias católicas en Nicosia, Larnaca, Limasol y otros puntos.

En fin, de un extremo á otro de este país monumental llamado Palestina, hay padres católicos, españoles, que no hacen mas que sacrificarse y viven en el estado mas lastimoso que puede darse. Antiguamente, España, Francia, Italia, les mandaban muchas limosnas que servian para sostenerlos decentemente; hoy ya lo que les llega es muy poco, y no les alcanza para nada. Para que se forme una idea de ello, baste decir que España, que ántes les hacia remesas anuales de 60,000 pesos, ahora no envía ni 3,000; Portugal que siempre contribuia con mas de 50,000 pesos anuales, ya hace años que no manda ni un maravedí!...

« Nos estamos acabando, me decia el presidente del Santo Sepulcro, no tenemos recursos, las naciones católicas nos abandonan; pronto tendremos que dejar el campo á nuestros rivales, y despedirnos de los Santos Lugares.»

El Austria, sin embargo, ha hecho grandes limosnas en estos últimos años, y parece tomar con empeño la proteccion de los católicos en esta parte del mundo.

Los Estados-Unidos de América han enviado tambien grandes recursos, y todo hace creer que se interesan

por la suerte de los Santos Lugares. El país notable por sus instituciones está hoy dando pruebas de caridad y de celo por la religión : la jóven iglesia americana hállase llena de belleza y esperanzas para el mundo. ¡Quién sabe si cuando ya la llama de la fé se encuentre casi apagada en el viejo mundo, no le toque al nuevo encenderla al soplo de la libertad !

CAPITULO VI

Puertas de Jerusalem. — Monte de los Olivos. — La Asuncion. — Tumbas de la Virgen, de san José, san Joaquin y santa Ana. — Jardín de Gethsemani. — El Padre Nuestro. — La iglesia de la Ascension. — El valle de Josafat. — El Cedron. — La tumba de los Reyes. — Gruta donde compuso Jeremías las « Lamentaciones. » — El monte Sion. — La fuente de la Virgen. — Camino de Jerusalem á Belen. — Valle del Gigante. — Tumba de Raquel. — Belen. — Gruta de la Natividad. — Inscripcion. — Lugar del pesebre. — De la adoracion de los reyes Magos. — Capilla de los Inocentes. — Oratorio de san Jerónimo. — Santa Paula y su hija. — Alrededores de Belen. — Torre de los Pastores. — Obras de Salomon. — Hebron. — El Jordan. — El mar Muerto. — Nazaret. — Patente de Peregrinacion. — Al despedirme encuentro un nombre amigo. — Me embarco en Jaffa para Alejandría. — De Alejandría á Marsella. — Llego á Paris. — Fin.

Para conocer bien todos los alrededores de Jerusalem, cité muy temprano á un buen drogman, además del que yo habia traído, y á eso de las seis de la mañana emprendimos la marcha desde Casa Nuova. La ciudad hállase fortificada y rodeada de unas murallas muy antiguas que tienen siete puertas ó salidas, á saber :

La de Jaffa, *Bab-el-Khalil* ; de Damasco, *Bab-el-Hamond* ; de la Virgen ó de San Esteban, *Bab-el-Sidi-Mariam* ; la Pequeña, *Bab-el-Mograrbé* ; de Sion, *Bab-el-Nabi-Dahoud* ; y la puerta de la Aurora, *Bab-el-Zahara*.

Hay también la puerta Dorada que no se abre sino el domingo de Ramos, y el día de la Exaltación de la Santa Cruz en memoria de la entrada triunfante de Heraclio.

Fué por la tercera de estas puertas que salimos, y fuímos encontrando á cada paso lugares notables por tantos recuerdos religiosos. Cada piedra que se ve es un monumento, cada colina un templo, cada templo un santuario. Los hermosos olivos han cubierto bajo sus modestas ramas á los santos y á los profetas, y hasta el memorable arroyo que se desliza lentamente por entre las montañas, revela en sus aguas un milagro, algun hecho portentoso del Criador del mundo.

Apénas bajé un poco, que al atravesar un puente me encontré al pié del monte de los Olivos. A la izquierda está la iglesia subterránea que contiene *la tumba de la santa Virgen*. Fué en este lugar efectivamente que se enterró á la Virgen y que se efectuó la milagrosa Asunción. Hállase el sepulcro en una capillita que tiene dos entradas, una para los griegos y armenios, otra para los latinos. Toda la iglesia se compone de una grande escalera por el medio con motivo de su posición, y á los lados hay varios altares y lugares de devoción. A la derecha hállanse, en uno de ellos, las tumbas de Nuestra Señora, Santa Ana y san Joaquín, al lado una de otra; y á la izquierda, frente por frente, está el sepulcro de san José.

Las musulmanes veneran mucho esta iglesia, y hasta tienen en ella un nicho, que llaman *mihrab*, para hacer sus oraciones.

Saliendo de la tumba de la Virgen, y tomando á la derecha, llegué al jardín de Gethsemani que se halla

afortunadamente en posesión de los católicos. El buen padre que lo guarda me mostró todo con mucha paciencia, y concluyó haciéndome un magnífico ramillete, y obsequiándomelo con una botellita de aceite hecho por él mismo de uno de los siete olivos, que tal vez se conservan desde el tiempo de Jesucristo. ¡Precioso regalo que conservaré toda mi vida!

Saliendo del jardín, y en el fondo de un caminito que se halla á la derecha, está el punto en donde Nuestro Señor Jesucristo enseñó á sus apóstoles el Padre-nuestro, esta santa plegaria de los fieles. Subiendo el monte de los Olivos, por todas partes, como he dicho, se encuentran estaciones que traen á la memoria algún suceso bíblico. En primer lugar está la iglesia de la Ascension construida por santa Helena en el mismo punto en que Jesus, despues de haber cumplido su divina mision, subió á los cielos en presencia de su madre y de ciento veinte discípulos. Las paredes se encuentran materialmente cubiertas de los letreros que han puesto en ellas los peregrinos. En el suelo, estampada en la roca, se ve la huella del pié del Señor, segun la tradicion. Esta circunstancia que se nota perfectamente no es un dogma de fé, y acaso es permitido decirse aquí con Mariti : *Lo creda chi lo vuol credere* ; cada uno es libre de creer lo que le parezca. En estas materias yo observo la regla contraria de muchos viajeros, es decir, admito lo que han sostenido hombres de santidad y peso, autoridades respetables en todos tiempos.

Una parte de la iglesia está convertida en mezquita, y desde la torre presenta una vista espléndida, un bellísimo panorama. Abajo se ve la aldea de *Zeitun*, con sus

caprichosas casas; al oriente se alcanzan á divisar el mar Muerto, y el Jordan circundado por las montañas. Tal parecen, con el reflejo del sol, dos filetes de oro trazados por la mano de la naturaleza en el corazon de la cordillera arábica. Esta hilera de montañas separa los desiertos de Moab del de la Tierra Prometida. Al norte se ven las montañas de Esraim sobre cuyas cimas divísanse multitud de ruinas que van á dar hasta la Samaria; al sur desarróllase á las plantas del peregrino el valle de Josafat que no se puede mirar sin tristeza y sin suspiros; mas allá, al frente, osténtase la lúgubre Jerusalen toda de ruinas y templos. Por do quiera atrae la mirada algun lugar santamente célebre, y á medida que los ojos recorren el espectáculo desde el monte Sion hasta el Gólgota, desde la plazuela del Templo hasta la fortaleza de David, el corazon palpita de gozo y emocion.

Estas áridas y majestuosas montañas, que á manera de círculos concéntricos se presentan á la vista, toman con la luz un tinte tan local; estos valles y llanuras donde por toda vegetacion no se ven mas que olivos, higueras y cipreses, triple y precioso plantío de árboles que representa tantos emblemas religiosos en Oriente; estos caminos y veredas que atraviesan las colinas por donde van beduinos y camellos, que vistos de léjos tal parecen rastros de la mano del tiempo, este inmenso vacío donde no se ve cernir en el aire ningun ave, donde no se oye mas ruido que el grito de los buhos que se disputan unos á otros los cipreses y las tumbas... todo, todo esto forma el mas armonioso conjunto, el espectáculo mas imponente del universo.

Yo he contemplado en mis largos viajes escenas grandiosas; he visto las caudalosas cataratas del Tequenthama y del Niágara que espantan la imaginacion, que anonadan con su grandeza al hombre; me he hallado en los horribles *tifones* ó tempestades que reinan en el mar de China; he recorrido los parajes mas pintorescos de América y Asia; he sido testigo, en fin, de esas escenas ó cuadros en que se ostentan todas las bellezas de la naturaleza, todos los fenómenos físicos, todos los misterios del orbe; pero confieso que nada me ha hecho tanta impresion como el panorama de que acabo de hablar. Es verdaderamente el antiguo y nuevo Testamento indeblemente impreso sobre rocas y ruinas; el poema santo escrito en letras de oro, y cuyas páginas no puede recorrer el devoto peregrino sin que toda su alma se impregne al momento de sublime y religiosa poesía.

Del bellísimo punto de que acabo de hablar, bajé y seguí hácia el este por la orilla del Cedron, riachuelo que frecuentemente atravesaba el Salvador en sus viajes al Jordan y Jericó.

Observé en mi camino las tumbas llamadas de los Reyes, los diversos cimiterios, y la célebre gruta donde compuso Jeremías sus *Lamentaciones*. Tiene esta unos 70 piés de largo y como 40 de alto, y es lo mas característico que puede imaginarse. Al hablar, el eco repercute la voz por todos los ángulos de la caverna, y tal se le figura al viajero que oye un nuevo lamento del sentido profeta de Anathot.

Despues que dí la vuelta á la ciudad, me detuve mas de dos horas en el monte Sion, tan lleno de recuerdos y misterios; pasando luego á Bethania, vine al fin á repo-

sarme en la gruta que encierra la fuente llamada de la Virgen : aquí mitigué un tanto la sed que me devoraba. Cuando ya tenia cansado á mi drogman, á fuerza de preguntas, y sintiéndome agobiado de fatiga é impresiones, me regresé á la ciudad donde los excelentes padres ya me estaban aguardando para la colacion.

El 12 de setiembre emprendí mi marcha para Belen. Despues de haber visitado los sitios que fueron teatro de los milagros, pasion y muerte del Señor, preciso era ir á ver el lugar de su nacimiento.

La distancia que media entre Jerusalem y Belen no es mas que de unas dos leguas escasas, que á caballo se andan en poco mas de una hora. El camino es bueno, comparado con los demás de Palestina, y es uno de los cinco caminos reales que conducen á Jerusalem : antiguamente parece que estaba sembrado á los lados de rosas y bellísimas plantas; pero lo que mas interesante lo hace es que por aquí mismo han pasado Jacob, David y los Magos; Jesus, la Virgen y san José, lo recorrieron cuarenta dias despues que vino al mundo su Redentor. ¡Qué de emociones no sentirá el peregrino al caminar sobre esta tierra!

Salí por la puerta de Jaffa, tomé hácia el sur, y entré en el valle de Raffaim llamado del Gigante en las Sagradas Escrituras. Como á las dos millas de la ciudad se encuentra, á la derecha del camino, la habitacion de Simeon el Justo que recibió en sus brazos al niño Jesus en el templo; y á la izquierda, en la parte mas elevada de la colina, el convento griego de san Elías, que, como todos los demás de Tierra Santa, es una verdadera fortaleza. Ya desde esta elevacion se alcanza á divisar Belen á lo léjos,

y parece como una corona brillante que ciñe la frente de la cordillera de la Judea. A la media legua está la tumba de Raquel. Sabido es que á su regreso de la Mesopotamia murió en este sitio al dar á luz á Benjamin. El caminito que conduce á la tumba se llama Efrata. Antes de llegar mi drogman me hizo desviar un poco para ver dos cisternas que llaman « los Pozos de David, » y despues, en breves minutos nos hallábamos en Belen. Por supuesto que me dirigí al convento de franciscanos : esta es la posada de todos los peregrinos, el hotel de todos los viajeros. Como de costumbre fuí perfectamente recibido por el padre guardian Nicolas Puche, y por el padre Gómez, procurador general de Tierra Santa, que á la sazón se hallaba aquí para restablecer su salud. El clima de Belen es considerado muy sano, aunque el pueblo padece muchísimo de la vista.

La misma tarde visité la famosa iglesia, obra de santa Helena, y que se halla contigua al convento de Belen. Tomé mi cirio y acompañado del padre guardian proseguí á la gruta del Nacimiento. Bájase á ella despues de atravesar la iglesia de santa Catalina, y pasar por el coro de los griegos. El aspecto de esta lóbrega gruta es imponente, y tal la impresion que yo sentí al penetrar en ella, que iba temblando como un niño. Lo primero que se encuentra, hácia la parte oriental, es una excavacion cubierta de mármol blanco, y con el suelo incrustado de jaspe : es el santuario del Nacimiento. En medio brilla una estrella de plata que tiene esta inscripcion grabada al rededor :

HIC DE VIRGINE MARIA JESUS CHRISTUS NATUS EST.

Por un instinto natural, y como ofuscado por la luz

divina que despedía la estrella, caí de rodillas entregado á piadosas meditaciones. Este precioso santuario es el que se les ha arrebatado últimamente á los latinos; la mayor pérdida que en mi concepto han sufrido.

A unos siete pasos está el pesébre donde la Virgen puso al niño : afortunadamente los católicos han podido conservar este santo lugar. Como es muy pequeño, han construido en frente un altarito donde se celebran los oficios divinos y que llaman de los *Tres Reyes*. Fué en este mismo lugar que los tres sabios, Melchor, Gaspar y Baltasar, vinieron á adorar á un niño que estaba acostado sobre la paja : el primero, representaba la raza blanca europea, y ofreció oro al niño Jesus como á rey; el segundo, la asiática, y ofreció incienso como á Dios; el tercero, la africana, y brindó mirra como á hombre. Hé aquí que los tres representantes de los hijos de Noé, y de las tres razas humanas, vienen á reunirse en la cuna del Redentor del género humano, ofreciéndole regalos como emblemas de amor, devocion y muerte.

Al fondo del corredor, pasando una estrecha puerta, está la capilla de san José erigida en 1661 por el padre Novara, y al lado, la de los *Santos Inocentes*. Justo era que estas víctimas se venerasen cerca de aquella cuna por la cual derramaron su sangre. Algunas tradiciones refieren que sus cuerpos fueron arrojados en la caverna que se ve en el mismo lugar.

Luego seguimos, é internándonos por tres pasajes llegamos al *Oratorio de san Jerónimo*. Fué en esta capilla subterránea que pasó años enteros este santo, entregado á meditaciones y trabajos : aquí fué donde hizo la célebre traduccion de la Biblia conocida hoy con el nom-

bre de Vulgata, y que la Iglesia ha declarado auténtica.

Al lado del oratorio de san Jerónimo está su tumba, en donde se ha hecho un altar, y en frente el de las dos señoras romanas santa Paula y su hija santa Eustoquia. Nada mas tierno que la historia de estas dos santas : habiendo abandonado todas las riquezas y placeres de la patria vinieron á sepultarse en el fondo de la Tierra Santa para acabar sus dias en el ejercicio de todas las virtudes. Amábanse entrañablemente, nunca se las vió separarse un solo dia, no tenían mas consuelo que ir á refrescar con sus lágrimas santas el pesebre, y mecer con sus plegarias la cuna del Señor. Un cuadro alegórico de mucho mérito las representa muertas y tendidas en el mismo ataúd, una al lado de otra : aunque cadáveres, descúbrese en las dos santas una gran semejanza, las edades, y el aire de santidad. Dos angelitos vuelan sobre sus cabezas : el uno tiene en la mano una corona de oro, destinada á la madre ; el otro, no ofrece nada á la hija. ¿Qué mas corona que la de vírgen que ciñe sus sienes?...

Despues que acabé de visitar toda la Iglesia, pasé á mi celda por un momento, en donde recibí las visitas de casi todos los padres españoles ; luego fuí á cenar en compañía de la caravana francesa que acababa de llegar.

Al dia siguiente visité todos los alrededores de Belen : la gruta llamada *de leche*, *crypta lactea* ; en donde venia á refugiarse la Vírgen con el niño para escapar de las persecuciones de Herodes. Esta gruta es veneradísima por todas las mugeres, ya cristianas, musulmanas ó judías, y á la tierra de las paredes le atribuyen muchos milagros.

Al pasar por el valle llamado *Wadi-el-Charubeh*, que

se halla al oriente de Belen, se encuentra la famosa *Torre del Rebaño* (Migdal Heder) de que habla la Biblia.

Un poco mas léjos se ve la iglesia que se dedicó á los ángeles que anunciaron á los pastores la llegada del Mesías, la cual se halla casi en ruinas; á los diez minutos de camino se presenta el hermoso campo de los pastores cubierto de higueras y olivos. Allí hay una aldea miserable (*Der-er-Ramat*), de donde eran esos pobres pastores que fueron los primeros convidados á ver la cuna del Salvador.

Haciéndose sentir demasiado el sol, regresamos al convento y fuímos asaltados por los vendedores de reliquias que se hallan en el corredor. Por grado ó por fuerza hay que comprarles alguna cosa. Esa misma tarde marché con la caravana francesa á conocer los famosos trabajos que hizo Salomon para conducir las aguas á Jerusalem y que se encuentran á una hora de distancia de Belen.

Habiendo visto el pueblo y todos sus alrededores, proseguimos á Hebron y visitamos el pueblo de san Jorge, las ruinas de Beit-Dijibrin, la cisterna de Sira, la mezquita de san Abraham, las sepulturas de Abner y de Isboseth, los desiertos de Liph de Maon y Bersabée; enfin, cuanto pudimos en tres dias. Luego regresamos á Belen, y despues de dar las mas expresivas gracias á los padres del convento por sus finezas y atenciones, volvímos á Jerusalem, por el desierto de san Juan.

Pocos dias despues emprendí la peligrosa peregrinacion al Jordan y al mar Muerto ó lago Asphaltidis, en la cual emplee cinco dias; por último vino la mas larga, la de Nazaret. Yo quisiera hablar detenidamente de cuanto

ví en estos lugares; mas temo aumentar el volúmen de este libro acaso ya demasiado largo. Habiendo completado la visita de todos los puntos mas interesantes de Tierra Santa, regresé á fines del mes de setiembre á Jerusalem para decir el último adios á los buenos padres franciscanos. En esta vez fuí mas obsequiado que en las anteriores por estos religiosos: ya no veían en mí únicamente un compatriota, como ellos decian, veían además, un jóven peregrino que despues de haberse hallado mucho tiempo entre pueblos infieles, venia á los Lugares Santos á avivar su fé, á fortificar su creencia en el teatro de los milagros del Señor. Y esta idea les hacia prodigarme mil atenciones, que me abrumaban sobremanera: todos me obsequiaron reliquias, preciosos presentes que conservaré toda mi vida. El secretario me entregó la « Patente de Peregrino, » valioso título que solo se extiende á los católicos que han hecho la peregrinacion completa de Tierra Santa.

Desde el primer dia que llegué á Jerusalem traté de informarme de los padres si habian conocido al malogrado jóven Manuel Cordovez Moure, que habia visitado estos lugares el año de 1846. Nadie me daba razon; aun en el mismo libro que se lleva en Casa Nuova, especie de registro en donde cada peregrino pone su nombre, no pude encontrar el de este querido amigo y compatriota mio, á quien cupo el honor de haber sido el primero de los granadinos que visitó la Tierra Santa, y que tan prematuramente murió á los pocos dias de llegar á Bogotá, de regreso de su largo viaje. Por una casualidad, al despedirme del padre Manuel Collado, se ofreció hablar de los peregrinos hispano-americanos, de su corto nú-

mero, etc.; de repente se acordó del nombre de Cordovez, fuimos á su celda, y despues de revolver papeles encontró una tarjeta de visita de mi amigo, y de la cual me apoderé al momento para llevarla como un recuerdo á su estimable y distinguida familia. En reemplazo dejé al padre mi tarjeta, que recibió con lá mayor amabilidad. ¿Quién la recogerá? Seguramente nadie.

Ya era tiempo de marchar para Jaffa, en donde me embáqué; á los tres dias estaba de vuelta en Alejandría. En el primer vapor de la compañía francesa des *Messageries impériales* tomé mi pasaje, y á los ocho dias llegamos á Marsella. Veinticuatro horas despues pisaba ya las alfombras del *Hôtel du Louvre* en París.

Aquí supe el establecimiento del telégrafo eléctrico atravesando el Atlántico, y la conclusion del tratado con la China por el cual se abre este inmenso imperio al comercio y al cristianismo, á la civilizacion del mundo. Al palpar mi corazon de gozo, viendo nuevamente la gran capital de Francia, fuí, pues, sorprendido agradablemente con la noticia de los dos hechos mas importantes y trascendentales del siglo presente.

.

He concluido. De regreso á mi patria voy visitando los mismos pueblos ya recorridos al dirigirme á China. Allá van estas páginas á la imprenta, á ver la luz pública, tal cual las he escrito, sin tiempo para revisarlas, sin el pulimento que debieran tener. No importa; ese mismo estilo descuidado del viajero que ha escrito ora bajo las palmas de Cuba, ora bajo el sicómoro de Egipto, ora en los mares, ó bien allá en el fondo de las selvas asiáticas; ese mismo estilo, re-

pito, acaso sea 'el que mas convenga á la naturaleza de este escrito, que si no se recomienda por la correccion, al ménos tendrá el mérito de la imparcialidad y buena fe.



FIN